



# *Quiénes son los jesuitas?*

**Ravignan**

△▽

## **Prefacio**

Queda por resolver una cuestión.

Tal vez será resuelta algún día, pero todavía no lo está.

La historia dirá quizás cuál fue el extraño poder de un nombre para excitar los odios, atraer todas las injurias, provocar todo género de ataques, difundir terrores estúpidos, extraviar la razón de los más cuerdos, y hacer flaquear a los más firmes.

La historia revelará, sin duda, finalmente, por qué ese nombre inspiró preocupaciones tan extravagantes, sublevó tan extraordinarias revueltas, vino a ser el grito de la razón de estado comprometida, el arma del combate contra la iglesia, y aun muchas veces contra los gobiernos.

La historia lo dirá tal vez; hoy es un misterio: un misterio de odio sin razón, de terror sin objeto, de ruido y tumulto inexplicables.

Una supuesta relajación de doctrinas, calumnias amontonadas, el miedo de no sé qué influencias, tres siglos de trabajos apostólicos, de luchas religiosas, de persecuciones y vicisitudes continuas no son bastantes a explicarlo.

—IV→

Es un misterio.

El talento más ejercitado, el más habituado a reflexionar sobre los acaecimientos, no explicará este gran fenómeno moral. No, lo afirmo sin temor de ser desmentido, no hallará una razón clara de su existencia, y deberá remitirse al juicio del porvenir. Al presente, la causa proporcionada de semejante efecto no aparece.

Hay un misterio aquí.

Si al menos se articulasen algunos cargos precisos, si se alegaran algunos hechos ciertos... trátase de hombres actualmente existentes; si algunos nombres propios de entre ellos significaran realmente una influencia y una acción funestas... pero no, nada de todo esto. Ni un solo hecho, ni un solo nombre: jamás hubo acusación semejante.

Si el gobierno justamente conmovido e ilustrado, como debe estarlo, señalase un crimen... pero no. El gobierno ha inquirido, ha pesquisado, según debía, ha preguntado, ha examinado minuciosamente; y nada ha descubierto.

Si la prensa activa, vigilante, mensajera, como la Fama, de lo verdadero y de lo falso, del bien y del mal.

*Tam ficti pravique tenax quam nuntia veri,*

si la prensa, digo, hubiera denunciado hechos positivos, asignado seriamente un peligro real... Pero no, todo es vago. Tendencias, sospechas, rumores, clamores; ningún hecho, ningún cargo, ningún nombre propio.

Sin embargo, nuestra vida está abierta de claro en claro como nuestra casa: está patente para todo el mundo. Oramos, hablamos, escribimos.

No se imputa nada: se aborrece, se acusa; no me cansaré en decirlo, es un misterio.

El odio tiene ojos, y no ve; tiene oídos y no oye.

Se absuelve a las personas: esto se publica en alta voz, pero se condena, se proscribela orden. Según trazas, la orden se compone de personas; no importa, la orden es culpable, las personas no lo son.

—V→

No acuséis, pues, a las personas, dicen: acusad solo a la orden.

No *calumniéis a los jesuitas*; pero acabad con el jesuitismo...

¿Qué importa que los religiosos de la calle de las Postas o de la calle Sala sean santos, si en los pliegues de su ropaje de inocencia, ocultan el azote que debe perturbar el estado?

¿Qué me importan vuestras virtudes, si me traéis la peste<sup>1</sup>?

Esto será bastante tal vez para arrastrar la opinión a un sistema de antipatía y de agresión violenta; pero esto no explica nada.

El problema subsiste.

Conviénese en que son hombres inofensivos, sacerdotes irreprochables; y sin embargo, esos hombres, esos sacerdotes son dignos de las injurias más groseras, de las imputaciones más calumniosas, de los rigores del poder, de la proscripción. ¿Y por qué? Porque en un país católico, en un país de libertad de cultos, han elegido para su vida doméstica y privada las reglas de un orden religioso solemnemente aprobado por la Iglesia católica.

Son, pues, a un mismo tiempo inocentes y culpables; inocentes como individuos, culpables como sociedad: y sin embargo son los mismos hombres.

Explique este misterio quien pueda.

Tal es el verdadero estado de la cuestión: es un problema moral difícil de resolver.

Decís que no es el jesuita a quien perseguís, sino al jesuitismo, ¿las cosas estarán por eso más claras?

¿Qué es el jesuitismo? Os desafío a que lo digáis. Habéis escrito tres mil páginas sobre este asunto, pero nada habéis dicho. Voy a probároslo con vuestras propias palabras.

—VI→

El jesuitismo es un poder oculto, formidable invisible<sup>2</sup>, es uno de los poderes del estado<sup>3</sup>.

Son los pueblos sublevados, las *tropas removidas*, los ejércitos en marcha, los gobiernos derribados, los países esclavizados<sup>4</sup>.

El jesuitismo es la dominación universal: es una red *de beatería, de absoluciones, de intrigas* y de infamia que enlaza las familias, los individuos, las naciones<sup>5</sup>.

Es juntamente la *moderación de los sentimientos, la energía secreta e implacable de la reacción, el cosmopolitismo sin entrañas*<sup>6</sup>.

El jesuitismo es el imperio de las mujeres, el embrutecimiento de los niños; es la moral relajada, la piedad fervorosa, la complacencia inicua; es el *tiranicidio mandado*, *el adulterio excusado*<sup>7</sup>, *la mentira*, *el robo*, *la blasfemia*, etc., etc.<sup>8</sup>

Es también la política odiosa, es la influencia clerical: es la *restauración*, es su duración, es su caída: es la revolución de 1830, *son las ordenanzas de julio*<sup>9</sup>.

El jesuitismo es el hombre religioso, el católico fiel: es ir a misa, es tomar agua bendita; *es confesarse*, es el celibato de los sacerdotes, es el ultrasmontanismo<sup>10</sup>; es el espíritu de muerte<sup>11</sup>, es el autómatas-cristiano<sup>12</sup>.

El jesuitismo son todas las *pastorales de los obispos*<sup>13</sup>, —VII→ todos los actos del papado<sup>14</sup>, todas las reclamaciones de la libertad, todos los escritos opuestos a la universidad; es toda la prensa religiosa<sup>15</sup>.

El jesuitismo es todo lo que no se quiere, todo lo que se aborrece; es lo que hay de más infame y de más vil, de más fuerte y de más santo; es la Iglesia entera<sup>16</sup>.

¿El misterio está explicado? No.

¿Los que escriben estas cosas las creen? No.

Saben que carecen absolutamente de fundamento, y aunque son imposibles: no importa.

Pero gritan al jesuitismo, y esto les basta. Con el auxilio de este nombre evocan todos los espantos verdaderos o simulados de la muchedumbre ignorante o instruida: su objeto se ha logrado.

Y sin embargo, algunos hombres estimables se dejan arrastrar por estos clamores; sufren el yugo de las preocupaciones, y aumenta, aun a costa de lo que respeta, el concierto que se levanta de todas partes contra la verdad y la justicia.

Esto no hace sino aumentar el misterio.

El rústico de Atenas condenaba porque estaba cansado de oír siempre hablar del mismo hombre con entusiasmo por los unos, con desprecio por los otros.

Hoy cuántos hombres hay a quienes si se preguntase acerca de su oposición contra los jesuitas deberían responder: se dice de ellos tanto malo, se mete tanto ruido; yo quisiera no oír hablar más de ellos.

Pero yo preguntaré siempre con asombro y con tristeza, ¿cuál es, pues, ese increíble poder de un solo nombre?

De esta manera se da al mundo un espectáculo aflictivo: el reinado de lo falso. Un estado violento —VIII→ y ficticio, un lenguaje que no significa la realidad, un nombre que ha llegado a ser la expresión del crimen y se aplica, lo diré sin temor, a la virtud; clamores ciegos; un arrebataamiento apasionado, ¡grandes palabras de adhesión a la Iglesia y a la libertad, y la Iglesia y la libertad pisoteadas! ¿qué más diré? todos los

instintos de la impiedad, todos los impudentes ardores del cinismo despertados al son de las protestas de respeto y amor a la religión: he ahí lo que vemos, lo que oímos, pero lo que ningún hombre serlo puede jactarse de comprender y explicar bien, como no sea verdad decir, que según las ideas y el fin de ciertos hombres, el *jesuita* del siglo XIX es el *infame* del XVIII.

¿Hay, pues, siempre un poder enemigo levantado contra la Iglesia y su creencia, y que para combatir necesite en ciertas épocas de un nombre inventado para infamar, de un grito engañoso para ultrajar, de un furor ciego para atacar todo lo que se quiere destruir?

Y cuando de la esfera de todas estas lamentables cosas revuelvo los ojos sobre mí mismo y mi conciencia, yo, religioso de la Compañía de Jesús, no puedo ya comprenderme: soy también un misterio.

En vano me examino, no comprendo mi existencia.

Yo no soy extranjero que haya pasado la frontera y venido a sentarme al hogar de la familia para esclavizarla y oprimirla; soy el hijo de la tierra que habito y que amo. He creído en la libertad religiosa de mi país: francés, he pensado que podía en la Francia católica, mi patria, lo que siendo inglés hubiera podido en Inglaterra, americano en los Estados Unidos; y aun holandés en Holanda; me he hecho jesuita.

Mis hermanos de los Estados Unidos, de Inglaterra y de Holanda viven libres y tranquilos; ¿por qué no lo estoy yo?

¿Cuál es la razón? Su país es libre; el nuestro no lo es. ¿Y por qué?

¡Todavía misterio!

—IX→

Se proclama que todo es libre en Francia. El ateísmo es libre; yo no lo soy.

Así pues, todo vendrá a ser contradicción en mi existencia.

Francés, gozo de los derechos de todos, jesuita, mi domicilio no será ya inviolable, no podré sin crimen habitar con mis hermanos bajo de un mismo techo de hospitalidad común: la propiedad no será ya sagrada para mí, y mi vida no estará más protegida que mi casa.

Habrán derechos para escudriñar mi conciencia, mi morada, mis votos, mi regla de vida interior y privada. Se deberá proscribirme, porque he abrazado en mi alma y mi conciencia una profesión religiosa que la Iglesia aprueba y que la ley ignora.

No salgo, pues, del misterio, y todo lo aumenta en vez de aclararle.

No doy un paso, no pronuncio una palabra que no deba ser violentamente torcida de su verdadero objeto, de su genuino sentido.

No me nombraba; era culpable, hipócrita. Me nombro; soy culpable. Soy jesuita, y esto lo explica todo.

Quiero invadir, quiero dominar; yo sé que nada de esto quiero: soy jesuita; quiero todo esto.

Somos por la mayor parte conocidos en cien lugares. Hemos hablado en público, en particular; millares de personas nos han seguido y oído. Nada puede citarse contra nosotros; pero somos jesuitas, y está dicho todo.

Nos conocen, nos estiman, nos aman. No nos conocen, nos odian, nos proscriben; ¡misterio!

Forzoso es confesar, que semejante situación es de todo punto singular.

Abandono estas reflexiones al lector.

En resolución, convendrá saber si el clamor reina solo en los consejos de la corona y del país; si un espantajo estúpido será bastante a desconcertar la sabiduría y el valor de aquellos en cuyas manos reposan la suerte y los derechos de los ciudadanos; —X→ si sin cargos imputables, sin hechos formales, sin un solo hombre acriminado, sin un acto que pueda encontrar un acusador, un testigo y un juez, el odio será legítimo y la proscripción posible.

Nada tengo que decir del pequeño escrito de que la edición presente no es más que una exacta reproducción. No se ha juzgado a propósito responderme, ni una sola palabra; como no sea el montón de fábulas absurdas que componen una novela impía. La multitud cree en ella más que en la historia; no hay aquí lugar a discusión.

Sufriremos, pues, hasta el fin ese yugo de calumnias y de ultrajes. Nos humillaremos bajo la mano Divina que nos prueba: hallaremos nuestra fuerza en nuestras mismas pruebas, y seguros de nuestra conciencia, delante de Dios, no flaqueará nuestro corazón.

Martes de Pascua, 25 de marzo de 1845.

—11→

△▽

## [Introducción]

La prudencia tiene sus leyes y sus límites.

Hay circunstancias en la vida de los hombres, en que las explicaciones más precisas llegan a ser un gran deber que es indispensable cumplir.

Lo confesaré: desde que el poder de lo falso parece que recobra entre nosotros un imperio que parecía abolido, desde que odios envejecidos y vetustas ficciones vienen de

nuevo a corromper la sinceridad del lenguaje y desnaturalizar los derechos de la justicia, desde entonces señaladamente siento la necesidad de declararlo: soy jesuita; es decir religioso de la Compañía de Jesús.

Esta declaración la debo a mí mismo, la debo a mi ministerio, a mis hermanos en el sacerdocio a la juventud, a todos los fieles que me honran con su confianza; débola a la Iglesia, a Dios.

Nada digo al mayor número que ya no sepa; pero satisfago a la necesidad de mi conciencia, a la necesidad de mi posición y de mi libertad.

Demás de que, hay en este momento mucha ignominia, muchos ultrajes que recoger bajo de ese nombre, para que no reclame yo públicamente mi parte de semejante herencia.

Ese nombre es mi nombre; lo digo sencillamente: los recuerdos del Evangelio podrán hacer comprender a muchos que lo digo con alegría.

Jesuita ahora, no lo he sido siempre: por espacio de algunos años he seguido otra carrera que me ha dejado preciosos recuerdos y amigos fieles, de que me honro.

Antes de hacerme sacerdote y jesuita, era yo hombre de mi tiempo, lo soy todavía; era francés, y no he dejado de serlo.

—12→

Al hacerme religioso, no fue mi intención abdicar mi patria, ni violar sus leyes, ni renunciar a mis derechos o a mis deberes de ciudadano.

He tenido preocupaciones contra la Compañía de Jesús; Pascal y las tradiciones parlamentarias me habían engañado como a otros muchos.

Y debo decirlo, a pesar mío en algún modo supe la verdad acerca de los jesuitas. No quiero ocupar al público de mi historia; no tengo aquí que contar por qué vía plugo a la divina Providencia, hacerme pasar entonces, ni cuál fue ese trabajo interior de la conciencia cuyo secreto sabe Dios, cuyo recuerdo es indeleble en mi alma, y que trayéndome la luz, trajo para mí tan completa mudanza de existencia.

Pero lo que sí puedo declarar es, que mi convencimiento se formó y mi decisión fue tomada entonces en la situación más completamente libre de toda influencia, que mi carácter no ha consentido jamás aceptar ninguna.

Puedo afirmar igualmente, que las cosas que se desconocen, que se desfiguran, y se notan más en los jesuitas, esas fueron justamente las que me determinaron a hacerme uno de ellos. Me explicaré sobre estas cosas.

Sí, el espíritu de que me pareció animada la Compañía de Jesús, la obediencia misma que profesa, el apostolado que ejerce, las doctrinas que abraza, tuvieron sobre mi vida esa inmensa influencia.

Sentí qué Dios me llamaba a ella y entré.

Y hoy en día aunque la opinión se halle extrañamente descarriada; aunque ciertas palabras pronunciadas con desprecio ejerzan una increíble tiranía sobre espíritus por otra parte ilustrados, no dejaré por eso de hacer oír la voz de la libre verdad. No hay sandez por enorme que sea, que arredre a la ceguedad de las preocupaciones. En cierto lenguaje que muchos hablan a sangre fría, ¡todo sacerdote es un jesuita, todo católico de buena fe un jesuita!

Este nombre es una fortuna para el odio; dispensa de la verdad y reemplaza la justicia.

—13→

En caso necesario tendría el poder terrible de amotinar las pasiones populares, y tal vez desencadenar de nuevo las revoluciones. Esto es harto sabido; ¿y no es por eso por lo que se quiere imponer el miedo de ese nombre, el miedo que fue siempre cobarde y mal consejero?

Por lo demás es evidente que se ataca bajo de nuestro nombre a todo el clero, con él a la religión y a la Iglesia; debo, pues, al clero y a todos despejar las posiciones.

No ver en la Iglesia de Francia sino la dominación y el despotismo de los jesuitas, es una suposición tan absurda que no es posible hacerla seriamente.

Hay sin embargo cierta cosa más inconcebible todavía que esa misma suposición, y es la credulidad que la acepta.

Esta imputación no es nueva, Fenelon la señalaba ya en su tiempo cuando decía: «No se quiere ver sino a los jesuitas en todo lo que se ha hecho sin ellos, escuchad el partido (jansenista): los jesuitas han hecho las censuras de las facultades de teología de que están excluidos; han presidido en las asambleas para arreglar las deliberaciones de la Iglesia de Francia; han llevado la pluma de todos los obispos en sus pastorales; han dado lecciones a todos los Papas para componer sus breves; han dictado las constituciones de la Santa Sede. La Iglesia entera, entontecida a pesar de las promesas de su esposo, no es ya sino el órgano de esa compañía pelagiana. No debe ya escucharse a la Iglesia porque está conducida por los jesuitas, en vez de serlo por el Espíritu Santo. ¿No es así, como los protestantes han recusado el Concilio de Trento, como un tribunal sobornado por las cábalas de sus enemigos? Los jesuitas deben servir a la Iglesia y obedecerla, no gobernarla»<sup>17</sup>.

Y sin embargo, en el siglo de Luis XIV, hubiérase —14→ podido, al parecer, con alguna verosimilitud, atribuir una gran parte de influencia a la Compañía de Jesús en Francia.

¿Es posible hoy de buena fe?

¿Qué es, pues, lo que sucede?

Algunos franceses, algunos sacerdotes, doscientos seis, para toda la Francia<sup>18</sup>, libres en lo interior de su conciencia para elegir el género de vida y los hábitos que les convengan, han escogido los tres votos de pobreza, de castidad, de obediencia y el Instituto de la Compañía de Jesús que el Concilio de Trento declaró piadoso, *pium eorum institutum*<sup>19</sup>.

No hay ni puede haber en esto infracción de ley alguna, ni seguramente ningún peligro, para el estado.

Hay sí ejercicio de la libertad de conciencia, que de otro modo fuera inexplicable.

Y aunque no es mi propósito en este escrito discutir la cuestión legal de nuestra existencia, no puedo menos de decir lo que el buen sentido no permite callar, y lo que la buena fe no consiente recusar.

¡Católico y francés, en el goce de todos los derechos de ciudadano, asegurado de la libertad de conciencia por la ley fundamental, sentí un día la necesidad de acercarme en cuanto me era posible a la perfección evangélica!

La profesión religiosa me pareció como la vía de perfección que yo buscaba; aprobada por la Iglesia, tenía al mismo tiempo, a mis ojos, el otro carácter, de ser del dominio exclusivo de la conciencia.

Es verdad que los votos religiosos no son reconocidos por la ley; pero ¿qué importa? La ley no se —15→ ocupa de esos votos: pueden hacerse, y ella los ignora; pueden violarse, y ella permanece indiferente.

Pero proscribirlos, eso no lo puede sin armar el poder de la inquisición y de la intolerancia más odiosa.

Prohibir a unos hombres a quienes se proclama libres, el derecho puramente interior y privado de la vida religiosa, es caer en una contradicción evidente, es atentar a la libertad de conciencia en lo que tiene de más íntimo y sagrado.

A los ojos del estado, algunos hombres, algunos sacerdotes reunidos en hábitos comunes y puramente religiosos, podrán ciertamente no tener ningún derecho político o civil de corporación, y no reclamamos nada en esta parte; pero estos sacerdotes reunidos, que por los demás no ejercen en lo exterior otros cargos que los que tienen, como todos los demás, no jurisdicción episcopal, son legalmente inculpables o bien la libertad religiosa es una mentira, el derecho público de los franceses, la ley fundamental un engaño; porque entonces las palabras han perdido su genuino sentido, y las voces no expresan ya las ideas.

La carta ha proclamado la libertad de conciencia, ¿sí o no?

La perfección evangélica es un derecho de la conciencia, ¿sí o no?

¡Pues bien! la vida religiosa no es más que la perfección evangélica; es la enseñanza solemne de la Iglesia, como la libertad de conciencia es la promesa solemne de la carta.

Si pues yo francés, quiero ser en Francia religioso benedictino, dominicano o jesuita, ¿con qué derecho me lo impediréis?

Yo no os pido ni existencia pública y reconocida, ni la menor parte de la fortuna del estado; solo pido respirar con vosotros el aire libre de la patria. Pretendo en mi vida privada y en mi conciencia, poder hacer votos y seguir con mis hermanos en una habitación y paz común, unas reglas aprobadas por la Iglesia católica.

—16→

¿Y en qué, decidme esta libertad embaraza la vuestra? ¿En qué se opone a libertad alguna?

Pero en Inglaterra, en Bélgica, en los Estados Unidos, donde la libertad de conciencia es una realidad, los religiosos, los jesuitas, como otros, tienen públicamente colegios y numerosos establecimientos de todas clases; nadie piensa que sea justo y legal el desterrarlos.

¿Por qué se haría esto en Francia, donde seguramente no poseen tan gran parte del derecho común?

Felizmente para el honor del país, ninguna de las leyes hoy vigentes, puede alcanzarlos y causarles perjuicio en el sagrado derecho de su existencia personal y de la libertad de su conciencia.

¿Cómo! ¡y esta manera de vivir tan legítima, tan sencilla, tan pacífica, tan oscura, es la que excita las tempestades más violentas de la opinión! ¿Esto es serio?

¿Qué hemos hecho pues? ¿qué hemos dicho nosotros sacerdotes de la Compañía de Jesús? ¿De dónde viene ese ruido? ¿De dónde nacen tantas borrascas? ¿Cómo hemos venido a ser nuevamente el objeto de tantos odios, el blanco de tantos ataques, la causa de tantos temores?

Vosotros, los que provocáis todo, el rigor de las proscripciones sobre sacerdotes, sobre franceses, contra ciudadanos libres, ¿nos conocéis? ¿Nos habéis visto? ¿nos habéis oído?

¿Qué palabra salida de nuestra boca han comprometido la tranquilidad pública y el respeto debido a las leyes? Sin embargo, nuestras doscientas voces han resonado en muchos púlpitos, desde las ciudades más populosas, hasta las más humildes aldeas.

¿Dónde están las autoridades civiles que nos acusan? ¿Dónde las autoridades eclesiásticas que nos condecían? Se imputa a alguno de nosotros un solo hecho reprehensible y positivo?

Preocupaciones, recelos, presunciones no bastan; no pueden equivaler a hechos ni a pruebas; y la —17→ culpabilidad de una sociedad no puede tener una expresión práctica y justa sino en las faltas de los que la componen. A estos, a los individuos, pertenecen la acción, el crimen, la virtud.

¿Quiénes son entre nosotros los culpables?

La vida, la influencia política nos son extrañas; servidores de la Iglesia, vivimos para ella, y proseguimos con ella, en todos los tiempos, en todos los lugares, bajo toda clase de gobiernos, la obra del ministerio evangélico.

Se nos transforma en enemigos de las libertades e instituciones de la Francia: ¿por qué lo seríamos?

Y cuando somos los únicos amenazados o los únicos excluidos de los beneficios de una legislación liberal, ¿cómo se nos convierte en opresores?

¿No compite aquí la ridiculez con la injusticia?

Hase levantado una polémica ardiente para reclamar la libertad de enseñanza prometida por la carta; en este punto debemos ser y somos efectivamente de la opinión unánime del episcopado francés y del clero: ¿quién puede echárnoslo en cara?

Muchos escritos han visto la luz pública: hoy como en otro tiempo los jesuitas lo han hecho todo, inspirado todo, dictádolo todo contra la universidad.

Los autores de los libros se nombran, son conocidos. Porque sus ataques desagradan, dícese que han tomado falsos nombres: los verdaderos autores son jesuitas.

Pero si el sol brilla para todo el mundo, ¿por ventura la justicia y el buen sentido se extinguen cuando se trata de nosotros? Sí, realmente, en muchos entendimientos, y hace ya mucho tiempo que esto dura.

Yo vengo en este escrito a apelar a los hombres reflexivos, y proponerles que resuelvan, en fin, seriamente ellos mismos las cuestiones que se agitan siempre que se pronuncia nuestro nombre.

Es preciso que esas cuestiones se resuelvan; lo —18→ necesitamos por nosotros, y por esos jóvenes que vienen a tocar al umbral de nuestras casas, y piden participar de nuestra existencia. Debemos decirles, y ellos deben saber, si realmente nuestras leyes excluyen del suelo de la patria a los franceses católicos que abrazan la vida religiosa.

Esto pedimos se nos declare con la mano puesta sobre la conciencia, con la mano puesta sobre la carta; no más declamaciones ni injurias; algo de serio en fin: tal vez sea una solemne injusticia; en tal caso compadeceremos al país, pero no nos quejaremos. Sabremos desterrarnos otra vez, e iremos a buscar el goce de nuestros derechos de ciudadanos y la libertad de nuestras conciencias, entre los salvajes de la América, o entre los paganos de la India y de la China.

Somos ya trescientos quince jesuitas franceses fuera de Francia; seremos más. Toda la tierra es del Señor a quien servimos.

Diré, pues lo que somos: se ignora, yo lo explicaré con precisión.

Cuatro cosas nos darán bien a conocer:

El espíritu que tomamos del libro de los *Ejercicios espirituales* de San Ignacio.

La obediencia que sus Constituciones nos imponen.

El Apostolado que la Compañía ejerce en las misiones.

Las doctrinas que abraza.

Hablo de lo que sé: nada hay en mi vida que sea para mí más cierto ni mejor conocido que lo que voy a decir, y esto será la pura verdad. Los hombres pueden rechazarla, Dios la ve y me juzga<sup>20</sup>.

—19→

△▽

## De la existencia y del Instituto de los jesuitas

△▽

### Capítulo primero

*Los Ejercicios espirituales* usados en la Compañía de Jesús

El libro de los *Ejercicios espirituales*, es un manual de retiro, un método de meditación, y al mismo tiempo una colección de pensamientos y preceptos propios para dirigir el alma en el trabajo de la santificación interior, y en la elección de un estado de vida. Este libro no es para leído, sino para practicado; así no puede realmente apreciarle con alguna justicia sino el que hubiere pasado por la escuela de la experiencia.

Estos religiosos *Ejercicios* han sido hace poco singularmente desfigurados: se ha equivocado completamente —20→ el sentido, el objeto y la economía de las enseñanzas que contienen; yo restituiré a todo esto su verdadero carácter.

El libro de los *Ejercicios espirituales*<sup>21</sup>, es obra de un soldado no menos extraño a las ciencias humanas que a los estudios sagrados, cuando le compuso.

Ignacio de Loyola es herido en el sitio de Pamplona en 1521. En el estado de inacción forzada a que su herida le reduce, pide a los que le rodean alguna novela para distraerse. Sin duda había pocos libros en la casa de sus padres; tráenle la vida de Jesucristo y de los santos; la lee. Conmuévase su alma: una luz viva brilla a sus ojos: deja el palacio paterno. Peregrino y mendigo voluntario, el guerrero convertido busca una soledad, donde lejos del comercio del mundo, pueda libremente estudiar y sondear su alma conversando con Dios. La gruta de Manresa le sirve de asilo. Allí, entre los rigores de la penitencia, armándose del valor perseverante de la oración, lucha y busca.

Sufre pruebas crueles que trastornan todo su ser. Pálido, extenuado por las maceraciones, postrado bajo de la ceniza y del cilicio, parece aniquilado. Una mano poderosa le levanta y condúcele a la gran luz de las ilustraciones divinas, hasta las regiones más elevadas de la caridad apostólica.

Entonces, volviendo digámoslo así hacia atrás y contando todos sus pasos, mide Ignacio la carrera recorrida, y ve un admirable encadenamiento de verdades y luchas interiores que purifican el alma, la ponen en presencia de la voluntad divina tan a menudo desconocida, y la vuelven a Dios generosa y fiel.

Ignacio en Manresa, después de haber experimentado la virtud para sí mismo, pensó que sería útil trazar para los demás la serie de esas verdades —21→ y la economía de esos caminos: así se compuso el libro de los *Ejercicios espirituales*.

Estos *Ejercicios* no son nuestro Instituto, y ni aun forman, hablando propiamente, parte de nuestras reglas; pero convengo en que son un alma y como su principio. Sí, los ejercicios han creado la Compañía; la mantienen, conservan y vivifican: están destinados a formar el cristiano fervoroso y aun el apóstol; las constituciones hacen al jesuita; las misiones le aplican a la obra; las doctrinas le guían y le inspiran.

Conozco que voy necesariamente a hablar una lengua extraña para muchos. Tengo que exponer el trabajo interior de la regeneración verdadera; tengo que contar esa transformación de una alma que pasa del mundo a Dios, y se reviste de una vida sobrenatural, no obstante la violencia de las inclinaciones de la naturaleza.

No solo he leído, sino que he practicado el libro de los *Ejercicios*. Hace veintiún años que lo tengo a la vista; fue, y es todavía el tesoro de mi vida; le estudio, lo medito sin cesar con júbilo y con amor; he hecho con este libro en la mano los ejercicios que indica.

Fuérame imposible expresar cuánta luz y libertad y paz interior me vinieron con ellos. No me lisonjeo sin embargo de poseer la ciencia que hay escondida en este librito<sup>22</sup>: para adquirirla necesito —22→ aun de largas y atentas meditaciones, y no me admiro en verdad de que haya sido el libro desconocido y cerrado para muchos.

Estos ejercicios seguidos y meditados constantemente, dieron a la Iglesia San Carlos Borromeo, San Francisco Javier, San Francisco de Borja y otros muchos. San Francisco de Sales, cuya piedad no debe hacer olvidar su genio, decía de este libro que había salvado tantas almas como letras contenía.

Ruego a los hombres del mundo serios y reflexivos, y aun a los demás, que lean atentamente el rápido análisis que voy a hacer de ese librito. Atrévome a esperar, que hallarán en él cierta cosa que se dirige a las inteligencias elevadas y a los corazones generosos.

El libro de los *Ejercicios* está dividido en cuatro semanas; este mismo orden seguiremos.

## I.- Primera semana de ejercicios

La materia de las meditaciones, en distribución en el curso de un día, los avisos y pensamientos que deben dirigir los diferentes ejercicios; he aquí lo que parará desde luego nuestra atención.

Los graves recuerdos de la fe, se apoderan de una alma: esto acontece aun, gracias al cielo; la luz de Dios no está apagada en el mundo, y va a buscar a veces a los que menos la esperan.

Un hombre seguía un camino falso en la vida; se extraviaba en las vías tortuosas al través de las opiniones insensatas y las pasiones desordenadas. La ambición, las vivas aficiones de la juventud, tal vez la fortuna le han prodigado todos sus goces: los ha agotado. Triste ahora, siéntase a la orilla —23→ del camino, como el viajero cansado y decaído.

Súbito siente la necesidad de hallar alguna cosa mejor, de lanzarse en busca de ese bienestar cuya ausencia le contrista. Busca a Dios; quisiera recobrarle, colocarse cerca de él a fin de levantar su alma decaída y calmar las angustias que experimenta en presencia de los formidables juicios de la conciencia.

Acosado de un deseo indefinible, rompe sus ataduras. En una de esas horas que Dios conoce y marca con el sello de sus atenciones infinitas, discípulo nuevo del arrepentimiento, húyese a la soledad a donde el Señor le llama para hablar a su corazón. Ha resuelto vivir por algún tiempo, desconocido, oculto, lejos de esas ilusiones que le fascinaron, lejos de ese tumulto que le aturde. ¡Noble esfuerzo! ¡generosa empresa! ¡Qué no hay cosa tan difícil como arrancarse a la agitación, al ruido y a todas esas trabas poderosas que deplora y ama juntamente!

Así el principio es penoso además, pero échase de ver muy presto que la dicha comienza, que viene la calma tras tantas fluctuaciones crueles; que la tempestad le ha arrojado al puerto. Siéntese asimismo que acaba de encontrarse el amigo necesario, el amigo desinteresado que faltaba, el padre de una nueva existencia: se oye la voz de Dios en el sacerdote ilustrado que aconseja y dirige. Él es quien enseña a manejar las armas espirituales de los *Ejercicios*, y las distribuye oportunamente para la combates que se preparan.

El generoso tráfuga, va pues a sentar su deuda a la soledad por treinta días, y realizar la grande cura de los ejercicios que regeneran y transformar, como tantos otros que le han precedido, va a renacer a la vida pura, vigorosa y fiel.

Por lo demás, el fin de la empresa es propuesto sin rodeos: leo en el título: «*Ejercicios espirituales para aprender uno a vencerse a sí mismo, y arreglar para en adelante todo el conjunto de su —24→ vida, sin aconsejarse de ningún afecto desordenado*»<sup>23</sup>.

Acuérdome todavía de la impresión que produjeron en mí estas palabras cuando las leí por primera vez: vi en ellas todas las obligaciones de mi porvenir. ¡Objeto inmenso, me decía yo, generosa idea de una filosofía superior que se aplica a fundar en un alma el soberano imperio de la verdad, de la gracia y de la virtud!

Viene luego el curso de ese aprendizaje interior y espiritual que llena cuatro semanas. Pero es preciso comprenderle bien, y esto no se alcanza fácilmente con una lectura superficial; todas esas formas necesarias de examen, de meditación, de contemplación, de oración vocal o mental, y las otras operaciones que se llaman *Ejercicios espirituales*, son movimientos piadosos y regulares que deben encaminar el alma hacia el grande objeto: y este objeto, repito, es arrancar todas las malas pasiones que han turbado y deshonrado la vida, y señalar a cada uno el estado que le conviene en este mundo para cumplir libremente sus eternos destinos<sup>24</sup>. De este modo se realizará una bella obra, el restablecimiento de la criatura en toda la dignidad verdadera que puede en este mundo pertenecerle.

Con esta idea tan digna de las reflexiones y de los esfuerzos de un sabio y de un cristiano, San Ignacio sienta primeramente el principio de todo bien moral. El hombre fue criado por Dios para Dios: rey del universo, en todo lo que está sujeto a su imperio, no debe ambicionar ni elegir sino apoyos para elevarse hasta Dios, y alcanzar este fin sublime. Todas las criaturas que le rodean y le sirven, no tienen otro destino que cumplir. Es preciso pues que llame aquí en su auxilio toda la energía de la voluntad, todos los impulsos de la oración, para pedir, para conquistar estos medios saludables<sup>25</sup>.

—25→

Cuanto más avanzo, tanto más echo de ver que hablo un lenguaje que convendría mejor a las enseñanzas del púlpito. Pero ya que se ha querido marcar con el sello del ridículo a este libro de los *Ejercicios*, necesario es que yo diga lo que se encierra en él de grave y elevado.

El alma así restablecida por un violento y generoso esfuerzo bajo la ley eterna de tendencia hacia Dios; el alma sometida en adelante, y consagrada, como es justo, a las voluntades del Criador, debe emprender un gran combate.

Un mal enemigo, un tirano nos oprime, el que esclavizó al primer hombre, que todavía destruye la humanidad, el pecado; escisión voluntaria entre la criatura y su hacedor por la infracción de las leyes divinas; rebelión funesta que arrastrando el alma lejos de la majestad de la belleza infinita, degrada y mancilla sus más nobles facultades.

Para romper este yugo, y espiar también el reinado del mal largo en demasía, el atleta de los *Ejercicios espirituales* se armará de su misma humillación y de sus más dolorosos recuerdos. Con la antorcha de las justicias divinas en la mano, descenderá a las profundidades de su conciencia, y recorrerá con mirada escudriñadora las vergonzosas huellas que ha impreso la iniquidad, en todo su ser en el curso de los pasados años. Vendrá a levantar, digámoslo así, unas tras otras, y pesar en la balanza del santuario las potencias envilecidas de su alma<sup>26</sup>.

Esto es lo que San Ignacio ha llamado en su libro el *Ejercicio de las tres potencias del alma*, o la meditación propiamente dicha. La memoria, el entendimiento, la voluntad tienen sucesivamente su oficio y su deber que desempeñar; de manera que todo el ser espiritual y moral del hombre se ha repuesto en *la santidad y la justicia de la verdad*, según la expresión de San Pablo.

—26→

El alma comienza a considerar en rápidos preludios los disformes rasgos del pecado, que deben excitar la viva necesidad de la reparación penitente. Luego la reflexión paciente, semejante al arado que labra un campo, ejercita sucesivamente cada una de las facultades por la idea severa de los caracteres y castigos de un mal que se desconoció largo tiempo, por la acción de los poderosos motivos que nos apremian a aborrecerle y deplorarle.

Tal es la meditación de San Ignacio; cual se halla en el libro de los *Ejercicios*<sup>27</sup>.

Hácese de día, y por la noche, distribuye regularmente el curso de las horas, y deja al descanso o al ocio silencioso los necesarios intervalos. Este misterioso combate, exige una constante energía, cuando se lo acepta plenamente; sin embargo un regulador discreto e inteligente vela cerca del combatiente; consulta y atiende a la medida de las fuerzas, atemperando a ellas la acción interior y las fatigas de los ejercicios.

Dentro, pues, de los límites de una justa discreción, San Ignacio quiere que en medio de la noche, como en otro tiempo los ilustres penitentes del desierto, el solitario de los ejercicios sea llamado del sueño a la lucha. Bajo la religiosa impresión de la oscuridad y del silencio más profundo, transcurre lentamente una hora en el trabajo del pensamiento y de los afectos que oprimen y purifican el alma. ¡Afortunada noche la que se añade de esta manera a los días mejor llenados! Ella producirá frutos abundantes de luz y de paz.

Por la mañana, al segundo despertar, la primera hora que nos vuelve a nosotros mismos, debe volvernos a Dios y a las austeras leyes de la meditación. Otras dos horas en el discurso del día deben madurar aun los pensamientos y hacer crecer los sentimientos de la noche y de la mañana.

Ya se deja entender que la ley que lo rige todo en el curso de los ejercicios, es la bella ley de la —27→ soledad y del silencio, que debe guardarse religiosamente<sup>28</sup>: ¡la soledad y el silencio, estas dos grandes cosas que tocan a Dios tan de cerca, que no parece sino que nos dan alguna idea de la misma naturaleza divina, y nos sumen más hondamente en su inmensidad, para vigorizar allí nuestras almas enflaquecidas! La soledad es la patria de los fuertes, el silencio su oración. Allí obra Dios y conversa con ellos; los engendra a los generosos designios, a las enérgicas empresas.

El hombre cautivo de la carne y de la sangre tiene horror a la soledad y al silencio: los hombres del mundo lo saben; y ¡cuántas veces no me lo han confesado! Ellos conocen lo que les paga en la soledad; y es que encuentran en ella a Dios, se encuentran a sí mismos, y toda su vida es un largo esfuerzo para evitarlo. Cuento aquí lo que he visto muy a menudo: deplorables flaquezas del alma hacia las cuales me inspira el interés más profundo y tierno, el recuerdo de mi libertad.

## **II.- Segunda semana**

Tal es pues la primera fase de los *Ejercicios*. Reasumiré aquí sus hechos principales.

El alma, colocada por la meditación en presencia de Dios, hase ejercitado fuertemente en medio de los trabajos, de los pensamientos y dolores que purifican y reparan; ha concebido un horror profundo del mal que la degrada y un justo menosprecio de sí misma y del mundo. Se ha dado un paso inmenso<sup>29</sup>.

Entonces Jesucristo se presenta a su vista como un rey valiente y glorioso; y en todos los días de la semana que comienza, este divino Salvador y los misterios de su vida serán el objeto que el libro de los *Ejercicios* ofrecerá constantemente a la meditación.

—28→

Así Jesucristo aparece primeramente bajo el velo de una parábola militar que recuerda al guerrero y al apóstol. Uno y otro fue San Ignacio, y desconoce completamente su espíritu el que no sabe ver en sus *Ejercicios* y Constituciones la fuerte unión de esos dos caracteres. El apóstol de la Compañía de Jesús debe mostrar en los combates a que su Dios le llama, la disciplina, la franqueza, la abnegación militares. El jesuita es soldado, y por eso tal vez encontramos tan vivas y generosas simpatías en las filas de esos guerreros sin miedo y sin tacha, que conservan con la piedad magnánima de los bravos la antigua herencia del valor francés.

Muchos creen erradamente que la piedad amengua los bríos; no los enflaquece, no, antes bien los vigoriza y exalta; y en la meditación atenta de las verdades de la fe, las más nobles imágenes de la vida del soldado se presentan como de suyo al corazón que ellas se nutre.

Jesucristo, este divino héroe, este capitán divino, según le llama Bossuet, se muestra bajo la figura de un rey que marcha a la conquista de las naciones infieles, y busca soldados valerosos que se consagran a seguir sus huellas y compartir sus fatigas. El que retrocede cuando Jesucristo llama, es un cobarde, dice San Ignacio. *Ignavus miles aestimandus*<sup>30</sup>.

Y ahora el libro de los *Ejercicios* quiere que el alma solitaria, durante las horas consagradas a la meditación, se mantenga constantemente cerca del modelo divino. Todos los adorables misterios de la historia evangélica se despliegan sucesivamente ante sus ojos. Estos misterios deberán ser para ella como si estuvieran actualmente presentes<sup>31</sup>.

San Ignacio pide que mediante el auxilio de la oración se recoja uno tan profundamente, que se —29→ aísle por algunos instantes de toda la vana fantasmagoría del mundo, y se establezca en el seno mismo de las realidades divinas.

Debemos hacer aquí una observación importante que no solo explica el secreto y poderío de los *Ejercicios* de San Ignacio, si que nos revela además la economía y la razón de la liturgia y de las fiestas sagradas del cristianismo; los hechos del hombre-Dios obran siempre la redención del mundo; no son puramente recuerdos e historias de lo pasado; su verdad, su virtud infinita vive y dura siempre presente, dispuesta a curar; a regenerar en todo tiempo el alma dócil.

No se han comprendido estas cosas. Algunos hombres a quienes son extrañas estas vías interiores y su lenguaje, no han visto en ellas sino un frío mecanismo, una violencia estudiada, propia solamente para detener el ímpetu de la inspiración religiosa. ¡Ah! ¡por qué no han experimentado, como me fue dado experimentarlo algún día, toda la santa y generosa libertad que siente el alma en medio de esta economía saludable de los ejercicios!

En aquel día afortunado, sentí que no me hallaba ya sujeto a una funesta y tiránica arbitrariedad; encontraba la unción y la divina luz de la gracia en el orden mismo que se me había trazado; tenía en fin un guía y un apoyo para el gran viaje. Este guía es el ministro de Jesucristo, quien con su paternal experiencia templa, modifica en caso necesario la forma, la naturaleza y duración de los ejercicios según las disposiciones y las fuerzas; él es quien reduce al camino, en caso de extravío; él quien aproxima de continuo el alma a las elecciones y ejemplos del maestro porque el alma es siempre gobernada, pero solo para ser mejor repuesta en manos de su consejo, bajo de la acción divina; y no ha querido comprenderse que si se trazan reglas y métodos, son el medio, no el fin; que no encadenan, sino que ayudan y dirigen.

El alma permanece siempre libre bajo la mano de su Dios. Su libertad se robustece y eleva, y los —30→ que pretenden hallar un degradante yugo en una dirección, benéfica, no ven que rechazan el apoyo que se ofrece para no caer en las olas del torrente. Que precipitarse entre las profundidades de las cosas divinas, aventurarse en los vastos desiertos de la contemplación sin regla y sin guía, para no seguir sino el impulso espontáneo y el capricho de la inspiración, es aceptar todos los peligros de las ilusiones extremas y de las locuras más desastrosas<sup>32</sup>.

### **III.- Elección de un estado de vida**

No se crea que el libro de los *Ejercicios* se compuso para ocupar santamente los ocios del espíritu: se escribió señaladamente para decidirse y obrar: y no solo para reparar lo pasado, sino para fijar lo venidero, para decidir el tiempo y la eternidad. No es un puro recreo contemplativo. El guerrero de Pamplona que había tomado más de una idea del oficio de las armas, ha trasladado una de ellas aquí: los soldados no hacen el ejercicio sino para prepararse a la guerra.

Y he aquí por qué en medio de la santa carrera debe abrirse una grave deliberación en presencia de los divinos ejemplos de Jesucristo, que fijan el bello ideal de la perfección para todos, para los que son llamados a la vida apostólica, y para los que lo son a la vida del mundo y de familia: ha llegado el tiempo de lo que el libro de los *Ejercicios* llama la elección, es decir, el escogimiento de un estado de vida. Así el alma todavía libre, debe considerar maduramente, qué género de vida le conviene abrazar, proponiéndole la gloria de Dios y la eterna felicidad. Considera fielmente el Redentor divino: se examina y ora sin intermisión.

Tal es ese gran negocio de la elección de un estado de vida; es el centro de los *Ejercicios*, el foco —31→ donde todo va a parar, y el poderoso nudo a que se ligan nuestras esperanzas y destinos.

¡Qué de existencias hay en el mundo aventuradas y fallidas! ¡Cuán larga y triste fuera su historia! No se deliberaron y escogieron a los pies del soberano maestro de la vida, en la fuente de los pensamientos religiosos.

¡Ah! si compasivo para consigo mismo y generoso con el Criador, se dignara el hombre arrancar al torbellino que le arrebatava algunas horas y algunos días de recogimiento, antes de precipitarse ciegamente a las tan varias funciones del orden social; si, todavía joven, no aceptara una determinación de su porvenir sino en presencia del que prodigó su sangre y su vida por la salud de todos; comprendiérase entonces la elevada misión de todo cristiano, de todo hombre ilustrado en este mundo: magistrado, guerrero, hombre de estado, padre, esposo, literato, sabio, pontífice, sacerdote o religioso, caminaran bajo del estandarte de la fe, prudentes, y celosos para remediar los males, para acrecentar los bienes comunes, y fuera esto el cristianismo realizado en su más alto poderío para bien de la humanidad; pero apenas se sabe ya ni deliberar, ni escoger, ni orar, y la *desolación cubre la tierra*.

Al ver esta lamentable indiferencia de la mayor parte de los hombres, resolvió Ignacio colocar en el centro de los *Ejercicios* esta deliberación decisiva. Y para conseguirlo más fácilmente, prescribe a todos los que se constituyen sus discípulos, hagan lo que él mismo realizó, y mediten lo que le inspiró en la gruta de Manresa el reciente recuerdo de la carrera de las armas y de las brillantes esperanzas que le ofrecía.

Hay ahí delante de vosotros dos campos, dos estandartes, dos jefes, dos ejércitos, dos espíritus. Satanás, el príncipe del mundo, aparece en Babilonia; el ruido, la agitación, la inquietud, un falso esplendor le cercan. En su bandera, con inflamados caracteres, están grabadas estas palabras: —32→ *Riqueza, honor, orgullo*; porque de pronto no representa el atractivo de los *placeres* al alma, a quien los dolores del arrepentimiento han regenerado: ordena a sus ministros que hagan brillar por doquiera el resplandor de sus promesas, y establezcan a lo lejos el imperio de sus poderosas ilusiones.

Jesús, sentado en humilde llanura cerca de Jerusalén, ofrece a la vista de todos la apacible y divina imagen de la paz y de la mansedumbre. En su estandarte se lee: *Pobreza, oprobio, humildad*. Noble y valerosa divisa: y Jesucristo manda a sus discípulos propaguen a lo lejos su poderío y beneficios. Es preciso escoger: San Ignacio, en la constante calma que nunca abandona sus enseñanzas, advierte que es necesario orar, suplicar encarecidamente a María, para que nos coloque y retenga debajo la bandera de su hijo, si bien en el grado y clase señalados por la voluntad divina. Esto es lo que se apellida la meditación de los dos estandartes. De una parte se ofrecen los placeres que dan la muerte, de la otra los sacrificios que traen la vida<sup>33</sup>.

Una queja dolorosa se exhala no pocas veces de mi conciencia: ¿por qué algunos corazones juveniles casi nunca se atreven a arrostrar en el silencio del retiro el combate de los afectos y las ideas, a fin de conquistar la seguridad y la dicha que solo puede dar una vocación divina, conocida y abrazada, cualquiera que ella sea? Y no me cansaré de repetirlo: si el mundo está agitado por tantas inquietudes, por tantas perplejidades, es porque muchas naturalezas vigorosas y ardientes no están en el lugar que les había señalado la Providencia. ¿Y quién se recoge en su corazón para tratar de conocerla?

Pero los ejercicios reservan para este momento un espectáculo magnífico; nos presentan el más noble y más bello uso de la libertad humana; es la —33→ situación más elevada para el hombre; nada hay más solemne en una existencia, y el mismo Dios no ha tenido objeto más divino. Es el objeto mismo de la creación. Dios no coloca nunca un alma en este mundo sin decidir que habrá un momento para ella en que se la verá hacer bien o mal la grande opción. Y cuando esto se hace bien, se ejerce la más sublime prerrogativa; es la elección de Dios por medio de la criatura.

Así en este momento de los *Ejercicios*, pónese el alma en presencia de Jesucristo y de su Evangelio, en presencia del fin supremo de todo hombre viajero en este mundo, en presencia de todos los estados y de todos los medios legítimos. Es libre y sin embargo está sometida al trabajo interior de dos acciones y de influencias encontradas. ¡Qué inquietudes a veces, y de violentas tempestades! ¡Qué de combates y alternativas! Semeja a un mar embravecido; las olas suben, las olas bajan. Hácese sentir un bamboleo inmenso como el balance de dos mundos. Y el alma se halla realmente entre dos mundos, entre dos eternidades.

De verdad es cosa que maravilla, ver con que invencible serenidad conduce Ignacio a su discípulo, por entre todos los escollos y le establece en tranquilo puerto.

La acción del espíritu de Dios es diversa: ora es el águila que se arroja y arrebata, ora la paloma que se reposa y hechiza dulcemente.

Una gracia poderosa sorprende y derriba a Saulo perseguidor en el camino de Damasco; apenas hay ya deliberación posible: «Pablo, ayer Saulo, levántate, ve a llevar mi nombre delante de las naciones». El alma obedece.

Si la elección divina con atractivos suaves y constantes inclina el alma hacia una elección claramente manifestada, entonces adelanta sosegadamente, y su porvenir será bendecido por el Señor.

Empero si estos signos privilegiados no aparecen, en su indubitable claridad, la razón alambreada por —34→ la fe deberá en tal caso desempeñar su función más alta y su misión más augusta sobre la tierra.

Cuando el alma está tranquila, cuando posee en paz todas sus potencias, examinará, pesará los motivos opuestos, consultando a Dios en la oración. Se colocará en la situación, de un moribundo, a los pies del soberano Juez o bien cual si se hallara cerca de un desconocido, que encontrado por primera vez en la vida, expusiera sus dudas, pidiera su aclaración, reclamase todo el desinterés del más libre consejo.

De este modo la mente se ilumina; la elección se resuelve, y el hombre inmola sobre el altar del sacrificio todas las repugnancias de la naturaleza. Jesucristo ha vencido, y el fiel discípulo, vencedor como él, canta y celebra su triunfo consagrando al Señor sus fuerzas, sus trabajos y su vida entera, o en el apostolado del mundo o en la milicia consagrada<sup>34</sup>.

¡Oh Dios! Yo os bendigo y os doy gracias, porque así habéis fijado mi vida y asegurado para siempre mi dichosa existencia.

#### IV.- Tercera y cuarta semana

La grande obra de la elección se ha consumado; la vida está fijada. Pero lo que debe notarse bien, y lo que San Ignacio no podía olvidar, es que sea cual fuere el estado que se haya abrazado, la cruz, la cruz y sus pruebas deben contemplarse en su realidad más viva y más presente. Nada es más necesario ni más cuerdo. ¿Qué tiempo, qué lugar, qué estado estuvieron jamás libres de padecimientos? Las cruces se hallan donde quiera; cuando las huimos, las hallamos. Los más dichosos son aquellos que las abrazan. ¿No es la tierra un inmenso Calvario? Es preciso saber, como el Hijo de Dios, reducirse por obediencia al estado de muerte voluntaria, para resucitar, para vivir —35→ de su vida, para obrar y hablar en su nombre con poderío, para consagrarse a su ejemplo en la carrera *escogida*, a todos los trabajos de la abnegación, de la mortificación y del apostolado<sup>35</sup>. ¿Y entonces qué es lo que resta? Una sola cosa que comprende y reasume todos los ejercicios, que asegura y fecunda el porvenir creado por su virtud: el amor divino.

Muy poco conoce la filosofía la dignidad de su misión entre los hombres, cuando descuida en sus altas especulaciones el unirse a la fe para celebrar el deber, la pujanza y la dicha del amor de Dios.

Los mayores ingenios del paganismo lo habían al menos presentido: Sócrates y Platón querían que el hombre se adhiciese a lo que ellos llaman TO KALON que significa justamente lo *hermoso* y lo *bueno*, es decir, lo *perfecto*. Platón expresa admirablemente la grandeza y el heroísmo de ese amor, cuando hace decir a Sócrates en su festín «que hay cierta cosa divina en el que ama... que el amor le trasforma en un Dios por la virtud... que solo los que aman quieren morir por otro»<sup>36</sup>.

La filosofía profundamente cristiana de Leibnitz encierra sobre este punto una doctrina sublime: «Excelente es este pensamiento, dice hablando de la Providencia, que Dios es un padre común; y esta idea debe espantarnos menos que la de un mundo huérfano, abandonado a la casualidad»<sup>37</sup>. «Si hay algunos que juzguen de otro modo, tanto peor para ellos; son descontentos en el estado del más grande y mejor de los monarcas, y hacen mal en no aprovecharse de las muestras que les ha dado de su sabiduría y bondad infinitas, para darse a conocer, no solamente admirable, sino amable también sobre todas las cosas»<sup>38</sup>.

En fin, queriendo asentar los principios de la sólida devoción, Leibnitz recuerda que Jesucristo vino —36→ a traer la ley de amor, y presenta sus verdaderos caracteres: «el amor es ese afecto que nos hace encontrar placer en las perfecciones de lo que amamos; y nada hay tan perfecto como Dios, nada que más deba deleitarnos. Para amarle, basta considerar sus perfecciones; lo que es fácil por cuanto hallamos en nosotros sus ideas. Las perfecciones de Dios, son las de nuestras almas: pero él las posee sin límites, es un océano de que no hemos recibido sino gotas... El orden, las proporciones, la armonía nos encantan... Dios es todo orden... Hace la armonía universal; toda la hermosura es una difusión de sus rayos»<sup>39</sup>.

No he menester citar a Fenelon, cuyo ingenio eminentemente filosófico y cuya tierna piedad supieron hablar tan bien la lengua del puro y noble amor de Dios<sup>40</sup>.

El soldado elevado súbitamente en la gruta de Manresa a la más alta filosofía, a la de la santidad, mal podía omitir esta última consumación y este coronamiento de las virtudes por la divina caridad. Según su costumbre, indica más bien que desenvuelve; abre una rica vena, refiere algunos hechos, y entrega el alma a sus pensamientos.

¡Pero qué sublime bosquejo en esa contemplación final para *obtener el amor!*<sup>41</sup>

Asiéntanse dos principios fecundos y prácticos; el amor consiste en las obras; el amor consiste en la recíproca comunicación de bienes. El mismo Dios; va a servirnos de regulador y de medida. Lo que Dios hace lo que nos da, debemos procurar hacerlo y darlo por él: esto es justo.

El alma se trasporta en medio de los ángeles, a fin de contemplar mejor con ellos las inagotables riquezas que prodiga Dios al hombre, en fuerza del amor que le tiene.

«Os doy, ¡oh mi Dios! os consagro y entrego en justo reconocimiento, cuanto soy y cuanto tengo; —37→ mi libertad, mis recuerdos, mi inteligencia, mis afectos, porque todo me lo habéis dado».

Dios vive, Dios habita en las criaturas; vive y habita en mí; crea en mí de continuo la vida, el sentimiento, la inteligencia; me ha hecho su templo augusto donde brilla su divina imagen; viviré pues de su vida, y viviré para él, unido sin cesar a su inmensidad siempre presente.

Dios obra y trabaja para mí en todas las criaturas; su mano se abre, y con su acción, llena de beneficios a todo cuanto respira. Trabajaré, pues, y obraré yo también, consumiré todas mis fuerzas por Dios, y esta será la correspondencia legítima del amor.

La carrera está acabada; treinta días han pasado; el hombre está dispuesto; los ejercicios le han transformado; sin embargo será forzoso que persevere, que crezca, que se sacrifique en el divino amor, que combata y se renuncie a sí mismo<sup>42</sup>.

Tal es el libro de los *Ejercicios*. Conocidos son ahora el designio que le inspiró, el fin a que se encamina, los medios que indica para alcanzarlo.

He dicho, he contado, y no he hecho una obra de polémica. ¡Hay tanto riesgo de perder la caridad en esas luchas de la palabra! Mas por mucho que quiera yo dominarme, no puedo privar aquí a mi corazón del derecho de desahogarse. Es preciso que yo diga cuán dolorosamente se ha oprimido, cuando he visto un libro, para mí tan querido y venerado, expuesto hace poco a las risas del mundo bajo un indigno disfraz.

Para calumniarlo, todo se ha confundido y alterado; se ha querido ver en él *el éxtasis reducido a sistema*, el entusiasmo de las cosas divinas transformado en *mecanismo*

*embrutecedor* para hacer salir de todas las pruebas el *autómata cristiano* y el *instrumento servil del miedo*.

Acaba de leerse la respuesta.

Este libro admirable no es más que *espíritu y vida*. —38→ San Ignacio expresó en él su propia historia y la gruta de Manresa, testigo de sus interiores luchas y sus valerosos triunfos, no podía inspirarle otra idea que la de trazar caminos seguros para corresponder fielmente a la gracia, para unirse a la fuerza, a la verdad divina, para alcanzar la libertad de los hijos de Dios.

Pero lo que ofusca el juicio de ciertos hombres en esta circunstancia como en otras muchas; es el universal error del tiempo en que vivimos, de no ver el entusiasmo sino allí donde se manifiesta por extravíos, de cifrar el triunfo de la voluntad en la ostentación de sus orgullosas pretensiones, de no mostrar en fin la libertad humana sino por el abuso que hace de sí misma.

Nuestro punto particular de vista, el del Evangelio, el de San Ignacio es muy diferente: creemos que el entusiasmo, arreglándose, se purifica y se eleva cuanto el cielo se levanta sobre la tierra: creemos que la voluntad del hombre, renunciando a sí misma y sometiéndose a la de Dios, alcanza la más bella de sus victorias: creemos que la libertad nunca muestra lo que puede hacer, por más alta y digna manera, que aprendiendo a obedecer.

Aquí está toda la cuestión entre nuestros, contradictores y nosotros.

## Capítulo segundo



### Las Constituciones de la Compañía de Jesús

Se ha visto cuál es la fuente donde bebemos nuestro espíritu, el crisol donde purificamos nuestras almas.

Tal vez pudiera haber parecido que las Constituciones de la Compañía debieran de haber bastado para darnos a conocer; mas después de leído el anterior capítulo, se habrá echado de ver que era —39→ indispensable un exacto análisis del libro de los *Ejercicios*.

¡Cuántas veces no han sido combatidas y desfiguradas nuestras constituciones! Para justificarlas, las expondré sencillamente.

No es en verdad mi propósito ilustrar a los que no quieren serlo; pero importa que la pura verdad se haya dicho una vez: yo la diré.

El noviciado, los estudios, el tercer año de *probación* y los diferentes ministerios que desempeñamos, el gobierno de la Compañía, nuestro voto de obediencia: he ahí los puntos principales de que tengo que hablar.

San Ignacio de Loyola es el único autor de las Constituciones, así como de los Ejercicios.

Cuando estudié este conjunto de leyes tan sabiamente concebidas y tan fuertemente apropiadas a todas las necesidades de una sociedad religiosa, cuando quise saber a fondo lo que iba a ser la regla de toda mi vida, vi claramente que el espíritu del Evangelio había dictado estas leyes.

Para un católico no puede haber duda en este punto. El Instituto de la Compañía de Jesús ha sido aprobado por veinte Papas. Verdad es que Clemente XIV lo suprimió, pero sin condenarlo; Pío VII le ha restablecido aprobándole de nuevo. El concilio de Trento había declarado «que no era su intento innovar cosa alguna, o prohibir que los clérigos regulares de la Compañía de Jesús sirviesen al Señor y a su Iglesia, según su piadoso instituto aprobado por la Santa Sede: *Sancta Synodus non intendit aliquid innovare aut prohibere quin religio clericorum Societatis Jesu, juxta pium eorum institutum a Santa Sede approbatum, Domino et ejus Ecclesiae inservire possit*»<sup>43</sup>. Grande y solemne testimonio es este.

Muchas veces la Iglesia de Francia, por la voz de sus obispos congregados, se ha declarado altamente en favor de la Compañía de Jesús y sabido —40→ es que en el pasado siglo protestaron contra el decreto de supresión<sup>44</sup>.

En ciertas épocas ha podido decirse de las órdenes religiosas que se había relajado en ellas el espíritu de su institución primitiva; nunca se ha dicho tal de la Compañía de Jesús; nunca se la notó de haberse alejado del espíritu de su fundador ni de las constituciones que la diera. ¿Y no hay en este solo hecho cierta cosa que debe inspirar estimación hacia semejante institución? ¿Si es verdad que después de tres siglos conserva la fuerza y la vida, no hay en estudiarla un interés que se aumenta con esta presunción favorable?

Ese estudio de las Constituciones de la Compañía de Jesús, vengo a proponerle a los hombres serios. Con ellos tornaré a comenzarle de buen grado; él me ha hecho lo que soy; hágalos él justos para con nosotros, y esto, según creo será para todos un bien.

Aun fuera de las graves circunstancias en que nos hallamos, es un objeto curioso de observación el que ofrece una legislación objeto a la vez de tantas censuras y tantas alabanzas.

¿Y no sería también un gran problema histórico y moral, el investigar cómo unos religiosos fieles a sus leyes, a leyes que aprobó la Iglesia, han podido verse expuestos a tal, contradicción de lenguas? Que ciertamente no es decretarse un elogio incompetente, el decir que jamás hubo hombres que en tal grado fuesen alternativamente aborrecidos, detestados, estimados, queridos; que nunca hombres algunos fueron como los religiosos de la Compañía de Jesús objeto de preocupaciones más violentamente hostiles, y más cumplidamente favorables.

Ya es tiempo quizá de llegar a una solución, y de pedir a la opinión un fallo definitivo. Creo que a ocasión es oportuna; tengo bastante confianza —41→ de que los hombres sinceros querrán explicarse el singular contraste que ha representado a una sociedad religiosa como un cuerpo consagrado, según unos, a todos los trabajos y

sacrificios del apostolado, y según otros como un foco permanente de intrigas, de bellaquería y de ambición.

Cuando la voz que me llamaba resonó en lo íntimo de mi corazón, cuando pesaba yo en mí mismo el diverso peso de esas singulares contradicciones, hubo un día en que me dije: Pascal, vuestro genio ha cometido un gran crimen, el de establecer una alianza tal vez indestructible entre la mentira y la lengua del pueblo tranco. Habéis fijado el diccionario de la calumnia; él hace regla todavía, pero no la hará para mí.

Esta autoridad perdurable granjeada a la mentira, por la magia del lenguaje, ese reinado imperioso ejercido dos siglos hace por un calumniador de genio, por tomar a M. de Chateaubriand este rasgo de su elocuencia reparadora, no me impidieron entonces tomar y llevar a cabo mi resolución de entrar en la Compañía. Preocupáronme pensamientos más altos; ¿se me permitirá confesarlo con toda la franqueza de mi fe y de mis convicciones? El odio que persigue sin treguas me pareció un poderoso motivo para estimar y querer. La filosofía antigua, presintiendo en cierto modo el Evangelio, lo había ya proclamado por su órgano más sublime: Nada es más bello que sufrir persecución por la justicia. «Y Dios mismo, dice Bossuet, ha reputado tan grande ese destino que nada encontró más digno de su hijo sobre la tierra».

Ahora, y en el espacio de veintiún años que pertenezco a la Compañía de Jesús, ese odio perseverante me alienta y me consuela. Lo que yo temería sobre todo, fuera la molicie que bastardea las almas; la molicie no existe entre nosotros; que mal pudiera afeminarse el hombre ante los repetidos asaltos de la persecución y de la injuria.

No vengo, pues, a quejarme: ¡más bien me regocijaría! —42→ Tampoco vengo a justificarme; no vengo sino a dar un simple y verdadero testimonio.

Richelieu y otros políticos profundos, vieron en las Constituciones de San Ignacio la obra maestra del ingenio: yo llamo a la obra de mi padre un monumento de sabiduría, de piedad, de santidad admirables.

Dos palabras pudieran aquí reasumirlo todo: fin y medio. El fin es la gloria de Dios y la salud de las almas; el medio es la obediencia.

Por lo demás, es importantísimo, para conocernos, el querer comprender estas cosas; y lo que mejor podrá darlas a conocer, es lo que voy a referir. No es una ficción, es la pura verdad.

Un hombre cansado del mundo le dejó. Tal vez las ardientes pasiones de la juventud habían atravesado violentamente su alma, y buscaba un abrigo donde guarecerse. Concibió un profundo deseo de vengarse de sí mismo y de Satanás por medio de fatigas útiles al prójimo.

Creyó entonces, y todavía cree, que el gran mal de nuestra época es la falta total de subordinación y de obediencia entre los hombres. Desengañado de las vanas ilusiones, de las quimeras de la independencia, tenía sed de obedecer; sentía su inmensa necesidad, e invocaba la obediencia como el asilo salvador que debía proteger su dignidad de hombre y asegurarle la posesión de la verdadera libertad, la libertad del alma.

El trabajo de los ejercicios espirituales acabó de mostrarle la luz y de trazarle el camino; toca a la puerta de la Compañía de Jesús.

Lo que le conmueve apenas entra, es la profunda paz que reina en la religiosa morada. El aspecto de aquellos claustros silenciosos, el andar recogido de los que los habitan, el ruido de los pasos que resuenan como en el desierto, el orden y la pobreza que donde quiera aparecen, la oficiosa acogida y la expresión obsequiosa del buen hermano que introduce, la apacible gravedad del padre que recibe, cierto aire suave y puro que se respira, —43→ una presencia de Dios más íntima, al parecer, y familiar, todo en esa mansión, al que arriba a ella por primera vez, extranjero que viene de lejos y maltratado por las tormentas, todo le hace sentir una impresión que apenas puede definirse, pero que bien puede llamarse la impresión de Dios. Un principio desconocido, un espíritu bienhechor alivia las penas, repara las fuerzas, y da el anticipado gusto de una nueva y feliz existencia. En fin, no tiene uno en rededor de sí más que corazones ingenuos y piadosos, frentes apacibles y serenas; la palabra que rara vez interrumpe un largo silencio, es siempre sencilla y fraternal, las relaciones libres, alegres, francas.

Colocado aun en el umbral, el candidato de la vida religiosa conocerá de antemano, en aquella hora solemne toda la extensión de los deberes que la Compañía de Jesús dicta a sus individuos; debe saber, y sabrá cuál es el espíritu que la anima en toda su verdad, y libre aun se decidirá.

¿Estáis dispuesto, le preguntan, a renunciar al siglo, a toda posesión y a toda esperanza de bienes temporales? ¿Estáis dispuesto a mendigar, si necesario fuere, vuestro pan de puerta en puerta por amor de Jesucristo? Sí<sup>45</sup>.

¿Estáis dispuesto a vivir en cualquier país del mundo y en cualquier empleo sea el que fuere, en que juzguen los superiores que seréis más útil para la mayor gloria de Dios y la salvación de las almas? Sí<sup>46</sup>.

¿Estáis dispuesto a obedecer a los superiores que ocupan para vos el lugar de Dios, en todo lo que no juzgaréis en conciencia pecaminoso? Sí<sup>47</sup>.

¿Os sentís generosamente determinado a repeler con horror y sin excepción, todo cuanto los hombres —44→ esclavos de las preocupaciones mundanas estiman y abrazan; y queréis aceptar, desear con todas vuestras fuerzas lo que Jesucristo nuestro Señor amó y abrazó? Sí<sup>48</sup>.

¿Consentís en revestiros de la librea de ignominia que él llevó, en padecer como él, por amor y por respeto suyo, los oprobios, los falsos testimonios y las injurias, sin embargo de no haber dado motivo a ello?<sup>49</sup>

Es forzoso responder, y gracias inmortales sean dadas a la bondad de Dios, yo respondí que sí. «Pasareis por loco. Sí, esto me conviene».

Nunca sonó en oídos humanos pregunta más extraña; nunca tal vez el Evangelio de la Cruz y su sagrada locura fueron mejor presentadas en su nativa aspereza. Por lo demás deseaba tanto San Ignacio que los soldados de su compañía fuesen verdaderos discípulos del Dios crucificado, que según atestiguan unánimes sus historiadores, toda

su vida rogó encarecidamente al Señor que la Compañía de Jesús estuviera siempre perseguida; preciso es confesar que fue bien escuchado.

Pero, en fin, la pregunta está hecha; está justificada, a la manera que lo es una profecía exacta, por un cumplimiento permanente; y cuando el postulante, todavía libre, ha respondido se le admite al noviciado.

Aquí comienza para él un nuevo orden de cosas.

## I.- Noviciado

El novicio pasará dos años en profundo retiro; tendrá ese tiempo para reflexionar, y ese tiempo es necesario antes de ligarse con obligaciones irrevocables. Las pruebas morales que debe sufrir son grandes. Así su resolución, después de dos años de noviciado, será libre, ilustrada, fuerte.

—45→

Mientras dura ese mismo espacio de tiempo, le está prohibido todo estudio<sup>50</sup>, Concepción atrevida y poderosa, que no puede estimarse en lo que vale por sola la teoría, si que es también necesaria la experiencia.

Tan grande es la distancia que separa la vida del mundo y la vida religiosa, los estudios de un hombre destinado a andar por los caminos del siglo y los del religioso reservado a los trabajos apostólicos, que para el alma llamada a este género de vida en la Compañía de Jesús, el enérgico y prudente legislador ha querido crear en algún modo un medio nuevo y toda una nueva existencia. En la larga educación de sus novicios, y en la falta misma de los estudios, ha sido su ánimo, dice, preparar el mejor fundamento para los mismos estudios, a saber la humildad y todas las virtudes sólidas<sup>51</sup>.

La oración, las meditaciones prolongadas, el estudio práctico de la perfección, y principalmente de la más completa abnegación de sí mismo, la valerosa reforma de las inclinaciones de la naturaleza, la fiel y cotidiana lucha contra el amor de una vana honra y de los falsos placeres, el uso familiar de los ejercicios espirituales y de la conversación con Dios, el conocimiento de todo un mundo escondido en lo profundo del alma y de una vida toda interior; he ahí lo que llena las horas del noviciado<sup>52</sup>.

Se me perdonará, que al hablar de ese tiempo ya muy apartado de mí, encuentre en él mis recuerdos más deliciosos; entonces se realizaron los días más venturosos de mi vida. ¡Cuna querida de mi infancia religiosa, crisol laborioso de mi alma, purificación fecunda de la inteligencia y del corazón, no, yo no os olvidaré jamás!

Allí es donde vienen a morir los últimos rumores del mundo y sus vanas agitaciones. En la escuela —46→ de la penitencia y de la oración, se despoja el hombre poco a poco de esa vida falsa, de esos intereses facticios, de esos afectos inferiores que impiden aspirar a los combates y triunfos de la gran gloria de Dios y de la conquista de las almas. Y sin embargo la unción de las conversaciones divinas, y los poderosos atractivos de la gracia, y la dicha íntima de una concordia, de una paz inalterables,

penetran, alientan, consuelan... ¡Oh! ¡Preciso es decir que esos años se deslizan con bienaventurada rapidez!

Arrancado así el novicio a las ilusiones de la vida del siglo, y mejor precavido en adelante contra el peligro de su vuelta, no está ligado todavía con ningún empeño; es libre. Muchas muchísimas veces, se ejercitan sus reflexiones acerca de los graves deberes que los votos imponen. Debe pasar por pruebas reiteradas o decisivas<sup>53</sup>. Delibera y se le examina; es juzgado y juzga con entera libertad. Se ofrece finalmente, la sociedad le acepta; después de cumplidos dos años, se entrega al Señor por una consagración irrevocable.

No probaré a decirlo que pasa entonces en el alma.

Bella es la obra del noviciado; el noviciado es ese trabajo regenerador del espíritu que entrega en cuanto es posible a la divina gracia la posesión entera de las facultades, de las fuerzas y hábitos del alma. Es una especie de creación, una transformación poderosa que debe desprender la libertad religiosa, de las trabas sin cuento con que la embarazaban los intereses, las miras, los afectos y pasiones de la naturaleza. Es la fragua donde el hierro se ablanda para tomar un nuevo ser; es la lima que desgasta, que quita el orín, que prepara el instrumento, y torna a ponerle útil en manos del artífice. Entonces se imprime una dirección que reemplaza en el hombre todas las direcciones puramente humanas, por la única ambición de la gloria divina y de la salud eterna de todos.

—47→

A este fin se enderezan todas las pruebas que debe sufrir el novicio, las reglas todas que deben observar, todas las luces que se le prodigan. Y San Ignacio, con una constancia nunca desmentida, expresa casi a cada página ese fin sublime de su obra: *Ad majorem Dei gloriam*; esa gloria, para la cual somos criados, que comienza acá en la tierra por la fiel sumisión de la criatura racional a su Hacedor, y se consuma en los cielos en el seno de la bienaventuranza y de las perfecciones infinitas.

*Ad majorem Dei gloriam*: no podéis creer en esa política del todo sobrenatural y sagrada; no lo extraño. ¿Mas con qué derecho os atrevéis a sustituirle otra en vuestras inconsideradas afirmaciones, para presentar ante el tribunal de las generaciones, como culpables de un pensamiento que no tiene, que nunca tuvieron, a una sociedad de hombres para quien, al parecer, la justicia y la verdad se hicieron tanto como para vosotros?

Pero sigamos.

Trascurrido han dos años, hanse pronunciado los votos; sonado ha la hora de los estudios: el religioso de la Compañía entra en una nueva carrera.

## II.- Estudios

Demás del poder del ejemplo y la vida del espíritu, ha menester también el hombre apostólico la ciencia competente para ayudar mejor a sus hermanos a conseguir el entero cumplimiento de sus destinos.

«Así pues, dice San Ignacio, cuando en los que son admitidos entre nosotros se habrá echado el cimiento de la abnegación y del progreso necesario de las virtudes, entonces se pensará en levantar el edificio de sus conocimientos»<sup>54</sup>.

Sin duda deberá ponerse cuidado, en que por consecuencia del fervor de los estudios, no llegue a entibiarse el amor de las virtudes sólidas y de la —48→ vida religiosa; pero será no menos conveniente aplicar sabios temperamentos a los ejercicios de mortificación y de piedad; porque los estudios exigen en cierto modo a todo el hombre, *quodam modo totum hominem requirunt*<sup>55</sup>. Así vemos que en las Constituciones todo se contrapesa y concierta según las reglas de la moderación más segura y de la más alta previsión.

Entre los hombres, es corto el número de los que son al mismo tiempo sabios y virtuosos; *boni simul et eruditi pauci inveniuntur*. Por eso la idea de los primeros fundadores de la Compañía, fue admitir en su seno algunos jóvenes en cuya buena educación se pusiera el mayor cuidado, y que, por sus cualidades, diesen la esperanza de ver realizarse en ellos algún día esas dos condiciones de la ciencia y de la virtud, necesarias a un tiempo para trabajar con fruto en la salvación de las almas.

Éstas son también las propias palabras de San Ignacio; palabras que encierran el sentido, el fin y la razón de nuestros estudios<sup>56</sup>.

Su curso debe seguirse regular y fielmente, a no ser que la edad, la falta de disposición o de salud, las necesidades del santo ministerio o la calamidad de los tiempos opongan a ello insuperables obstáculos.

Los dos años que siguen a los del noviciado se consagran desde luego a la retórica y a la literatura; tres años a la filosofía y a las ciencias físicas y matemáticas algunas veces más<sup>57</sup>.

Viene luego lo que llamamos la *regencia*, o la enseñanza de las clases en un colegio. Hácese de manera que el joven profesor, comenzando por una clase de gramática, suba sucesivamente, recorra uno tras otro todos los grados del profesorado. Hay en ello utilidad grande para sí, y servicio de los demás; aprendiendo mucho se cumple con todos los deberes —49→ de un celo asiduo para con la juventud que tanto lo merece, y en los cargos que son tal vez los que más requieren.

La educación que ocupa un gran lugar en nuestra vida, cuando se nos permite seguir nuestras Constituciones en este punto.

Hacia la edad de veintiocho o treinta años envíase al religioso a estudiar teología. Este estudio junto con el de la Escritura santa, del derecho canónico, de la historia eclesiástica y de las lenguas orientales, ocupa cuatro años, y aun seis respecto de los que mostraren disposición notable. No se confiere el grado del sacerdocio sino al fin de los estudios teológicos, rara vez antes de los treinta y dos o treinta y tres años.

Después de cada año de este largo curso de estudios, se sufre un severo examen, nadie pasa al curso del año siguiente sino después de un juicio favorable formado por los examinadores acerca del año precedente.

Acabados todos los estudios, los que hasta allí han salido bien en los exámenes anuales, sufren un examen general sobre la universalidad de las ciencias filosóficas, físicas y teológicas. El haber obtenido en este postrer examen, de cuatro votos los tres favorables, es una de las condiciones necesarias para ser admitidos a la profesión<sup>58</sup>.

Tal es el orden de estudios para los jóvenes religiosos de la Compañía de Jesús.

Por lo visto, es conforme al fin que el Santo fundador se propuso. Para la mayor gloria de Dios, Y el mayor bien de las almas, un largo aprendizaje prepara los operarios evangélicos a todas las posiciones, a todos los ministerios sagrados. San Ignacio quiere, en cuanto sea posible, hombres sólidamente instruidos, hombres que no se extravíen, que caminen con seguro paso por las sendas de la verdad, y a quien las sanas doctrinas alumbren —50→ y guíen siempre; hombres que sepan cuanto debe saberse, que se coloquen fielmente en presencia del movimiento de la ciencia y se mantengan a su altura; que en todo, así en historia, física, filosofía, literatura, como en teología, no se queden atrás de su siglo, sino que puedan seguir o aun ayudar sus progresos, si bien no olvidando nunca, que están consagrados a la defensa de la religión y a la salud de las almas.

Se nos echa en cara que no formamos hombres de gran talento.

Yo creo que entre las bellas glorias de la Francia se contará siempre a Corneille, Racine, Molière, La Fontaine, Bossuet, Bourdaloue, Condé, Turena, Descartes y Pascal; pues de estos once grandes hombres, siete fueron discípulos de los jesuitas.

En cuanto a nosotros mismos, se nos permitirá tal vez recordar esa muchedumbre de hombres útiles que ha producido la Compañía, en todos los ramos del saber humano, como en todo género de cargos evangélicos.

Y el que quiera ser justo, ¿no encontraría los caracteres del ingenio teológico en Suárez y Vázquez, a quienes Benedicto XIV llamó dos lumbreras de la teología; *duo luminaria theologiae*, en Belarmino y de Lugo: el talento de la elocuencia del púlpito en Séñeri, en Bourdaloue, de quien decía Bossuet: este hombre será eternamente nuestro común maestro: y en fin el ingenio de la ciencia, en Petau, Sirmond, Kircher, Clavio, Gaubil, Grimaldi<sup>59</sup>.

Además, San Ignacio quiso formar hombres apostólicos; —51→ y no temo decir que las diferentes edades de la Compañía han realizado en esta parte el gran pensamiento de su fundador.

A más de doce mil asciende el número de los escritores jesuitas; pero plácenos más recordar nuestros ochocientos mártires inmolados por la fe, nuestros ocho mil misioneros cuya vida preciosa en el acatamiento del Señor se ha consumado en los trabajos del celo entre los salvajes e infieles, y aquellos padres, aquellos hermanos venerados y queridos cuya santidad ha canonizado la Iglesia y a quien ha puesto solemnemente en los altares.

Sin embargo, no han acabado aun todas las pruebas para el religioso de la Compañía; hace ya muchos años que ha salido del noviciado; las Constituciones le ordenan que entro de nuevo.

### **III.- Tercer año de probación o última prueba antes del ejercicio del Santo Ministerio**

Permítaseme decir, que esta es la obra maestra de San Ignacio. El hombre a quien destina al ministerio apostólico ha pasado como novicio dos años de recogimiento y de silencio; luego han venido nueve años de estudios y cinco o seis de enseñanza; acaba de ser ordenado sacerdote, y todavía no ha ejercido las funciones del sacerdocio; por lo común cuenta treinta y tres años de edad, y han pasado para él quince o diez y seis años de vida religiosa: el religioso, el sacerdote vuelve al noviciado.

Por espacio de un año entero va a renunciar de nuevo a todo estudio y a toda relación de fuera. Púsose gran cuidado en cultivar su entendimiento; ahora debe por última prueba y por última preparación, ejercitarse, según la notable frase de las Constituciones, en la escuela del corazón, *in schola affectus*. La expresión es difícil de comprender; para penetrar su sentido, he necesitado el año entero y no pretendo explicarlo.

Diré solamente: ese religioso, ese sacerdote ha podido adquirir extensos y variados conocimientos: —52→ ha podido también dar ya pruebas de abnegación y de celo, en el seno de la soledad, en una vida de retiro y de silencio, hecho más presente a Dios y a sí mismo, antes de ser entregado a los demás, van a aplicarle cuidadosamente «*in schola affectus* a todo lo que afirma y hace adelantar en una humildad sincera, en una abnegación generosa de la voluntad y aun del juicio, en el despojo de las inclinaciones inferiores de la naturaleza, en un conocimiento más profundo, en un amor de Dios más ferviente; de este modo, después de haber fortalecido en su alma, y hecho penetrar en ella más hondamente esa vida verdaderamente espiritual, podrá ayudar mejor a los demás a adelantar en los mismos caminos para mayor gloria de Dios nuestro Señor»<sup>60</sup>.

Esto es lo que llamamos en la Compañía *el tercer año de probación*, el último año de preparación y de prueba. Pasa muy veloz ese tiempo de un santo reposo que ya no volverá. Yo lo he gozado, no me será ya dado disfrutarlo antes de mi muerte; y sea cual fuere el número de años que Dios me reserva aun en este triste mundo, no volveré a encontrar más el año del reposo.

Entonces se recorre de nuevo por espacio de un mes la gran carrera de los *ejercicios*; entonces la oración, la meditación se prolongan; el espíritu del Instituto, las condiciones del apostolado, la pobreza, la mortificación, la obediencia, todo cuanto constituye los deberes del religioso es de nuevo estudiado, profundizado. Algunas instrucciones de la doctrina cristiana dadas a los niños, algunas misiones en los campos vienen solo a interrumpir la soledad y servir como de preludios a los ministerios de que más gusta un corazón de apóstol. Confieso que me es delicioso sobremanera el contemplar aquel tiempo, en que me fue dado evangelizar a algunas pobres poblaciones de las montañas; —53→ muy a menudo lo he echado menos después; muy a menudo el apostolado de las

grandes ciudades ha contristado mi espíritu y fatigado mi corazón; y la juventud, a quien tengo la dicha de ver tan frecuentemente reunida en rededor de la sagrada cátedra, me perdonará este recuerdo y este sentimiento, cuando la diga con toda la sinceridad de mi alma, que nunca me ha dado sino consuelos.

Concluido el año, los superiores se informan religiosamente de los progresos hechos en la virtud y la ciencia, y según el juicio que forma el mismo Padre General por los informes que ha recibido, se da el grado (*gradus*), es decir, que le admiten a pronunciar los últimos votos de *Coadjutor espiritual o de profeso*. Que estas dos clases de religiosos hay entre nosotros. Unos y otros son iguales en todo; ningún privilegio, ninguna prerrogativa disfruta nadie en la Compañía. Aun los destinos de superiores se dan con preferencia a los coadjutores espirituales, y los profesos les están generalmente sometidos. Hay sin embargo algunos cargos, aunque en muy corto número, reservados a estos últimos; los profesos tienen igualmente el derecho, con ciertos superiores que la regla designa; de asistir a las congregaciones o asambleas provinciales y generales de la orden. Estas reuniones son bastante raras y están limitadas a ciertos casos.

Así, después de los dos años de noviciado vienen los tres votos de religión, simples pero perpetuos; después de quince o diez y siete años de pruebas o de estudios, después de un tercer año de noviciado vienen los votos solemnes de profeso, o los últimos votos del coadjutor; tal es la gradación regular<sup>61</sup>.

El que se dignase reflexionar gravemente sobre esta economía religiosa de pruebas y trabajos preparatorios; —54→ el que quisiera explicarse esta legislación tan prudente, tan vigorosa, tan digna del genio apostólico de San Ignacio, gustaría de representarse al Santo fundador como el artífice encorvado afanosamente sobre su obra para labrarla y perfeccionarla; que la ensaya, y vuélvela a tomar luego para labrarla otra vez y rehacerla y no la entrega a su destino sino cuando ha apurado todos los recursos de un arte paciente y animoso.

De este modo es preparado largamente y trabajado, digámoslo así, el religioso de la Compañía de Jesús; le forman, le ensayan, vuélvenle a tomar luego y regenerarle en la fuente de las fuerzas activas del espíritu, en el taller de la soledad y del silencio. Y no es eso todo: cada día de su vida, por espacio de largas horas, deberá entrar de nuevo en el retiro interior del alma, para despojarse allí de todas las influencias de la tierra y de los pensamientos mundanos, para conquistar las ideas sublimes de la fe, brújula divina con cuyo auxilio puede mejor arrojarse luego por entre las agitadas olas de los errores y pasiones humanas, y alarga la mano a los pobres náufragos a quienes se esfuerza en conducir al puerto de la eterna salud.

Sabido es ahora el modo como se forma un religioso de la Compañía de Jesús. Cierto, ningún fundador multiplicó tanto como el nuestro las preparaciones y las pruebas. No parece sino que se propuso imitar laboriosamente la educación instintiva del ave que domina en los aires. Quiere que sus discípulos dejando como extranjerías las bajas regiones de los afectos terrestres, se eleven hasta contemplar hito a hito en su carrera al divino sol de justicia, y sepan de continuo renovar las fuerzas de su alma y aumentar el brío de su acción al calor vivificante de sus rayos.

¡Dígnese la gracia de Dios realizar en nosotros el pensamiento de nuestro padre!  
¡Ojalá que todos nosotros, haciendo humildes y generosos esfuerzos, podamos corresponder a los deseos de su grande alma, y andar por los caminos que nos trazó!

—55→

Llegado en fin el día de la acción, para la mayor gloria de Dios y el servicio de sus hermanos, el jesuita será más que nunca indiferente a todos los lugares, a todos los empleos, a todas las situaciones<sup>62</sup>. No repelerá lejos de sí, con denegación incontrastable, sino los honores y las dignidades<sup>63</sup>. Las respeta y admira en los demás como lo más sublime de la abnegación, y de una gloriosa servidumbre. También él se sacrifica en servicio de los demás, pero siempre para obedecer, nunca para mandar, sin reserva, sin excepción, para siempre.

La clase de séptima en el colegio, la penosa vigilancia del día y de la noche entre las paredes de una sala de estudio o de un dormitorio; la China, las Indias, los salvajes, los infieles; el árabe, el griego; las repúblicas, las monarquías; el ardor de los Trópicos y los hielos del Norte; la herejía y la incredulidad; los campos y las ciudades; las sangrientas resistencias del bárbaro, y las cultas luchas de la civilización; la misión y el confesonario; el púlpito y las investigaciones estudiosas; las prisiones, los hospitales, los lazaretos, los ejércitos; el honor y la ignominia; la persecución y la justicia; la libertad y los calabozos; el favor y el martirio; con tal que Jesucristo sea anunciado, la gloria de Dios propagada y salvadas las almas, todo es de igual indiferencia para el jesuita. Tal es el hombre que las Constituciones han querido dar al apostolado católico. Sin duda podemos deplorar delante de Dios el no alcanzar siempre este objeto con el valor perseverante que exige; pero al menos, forzoso es confesar que el objeto no está falto de grandeza, y que consagrará ello su vida, es tal vez darle algún precio: y he dicho la verdad.

—56→

#### **IV.- Gobierno de la Compañía**

Éste es acaso el punto de nuestras Constituciones de que más se han preocupado algunos. Hablaré de él también con sencillez; y espero que lo que voy a decir, será muy bastante a disipar las preocupaciones.

En toda sociedad se necesita de un gobierno y un poder; en la Compañía de Jesús, para conservar el vigor de las leyes, y la unidad de espíritu y de fin, para mantener la armonía de los medios y la sumisión de numerosos miembros en medio de los trabajos más diversos, era necesaria una autoridad. El General de la Compañía es su depositario. Sin embargo, por más que sobre este asunto se haya dicho, no la ejerce sino con arreglo a la gran ley católica, es decir, con la más perfecta dependencia respecto del vicario de Jesucristo, jefe supremo de la iglesia<sup>64</sup>.

Perdónenseme los pormenores en que voy a entrar; si deseo darlos es porque quiero que se nos conozca enteramente, y afirmo que fuera de lo que voy a decir, nada puede suponerse sobre la Compañía de Jesús que no sea falso de todo punto.

Seré lo más corto y conciso que me sea posible.

Cuando ha de nombrarse General, la Compañía se reúne en *congregaciones provinciales*, es decir, que en cada provincia de la Compañía, los profesos y ciertos superiores son convocados y se reúnen.

El padre provincial y dos profesos elegidos por la *congregación provincial*, pasan a Roma para componer la *congregación general*. Ésta procede igualmente por vía de elección; y así es como la Compañía representada por los diputados de las provincias elige a su General<sup>65</sup>.

Le da cierto número de asistentes sacados de las diferentes naciones, y a quienes debe consultar en —57→ las cosas que conciernen a su administración. La Compañía designa igualmente un *Admonitor*, cuyo cargo es advertir al General, señaladamente en lo que mira a su conducta personal y privada<sup>66</sup>.

Por lo demás la autoridad del General no tiene otro contrapeso regular y ordinario: está obligado a tomar y recibir consejos, pero él solo es juez de su última determinación. En un caso extremo que nunca se ha presentado, y que, Dios mediante, nunca se presentará, las provincias podrían elegir diputados, y los asistentes convocarlos, a fin de deponer al General que se haya hecho indigno o incapaz<sup>67</sup>.

Todos los superiores, todos los miembros de la Compañía están sujetos al General y deben obedecerle.

Todos pueden recurrir a él libremente, y escribirle como a los demás superiores<sup>68</sup>. Es el padre común. La subordinación es grande, pero los recursos son numerosos y fáciles.

Como todas las otras órdenes religiosas, la Compañía está dividida en provincias. En cada provincia o subdivisión de país, un provincial es el superior de todos los establecimientos que contiene; todos los años los visita para exponerle sus necesidades y sus penas. El provincial tiene sus consultores y su *admonitor* nombrados por el General; también debe tomar y recibir sus dictámenes.

Finalmente, cada casa tiene con este o el otro título su propio superior, sometido al Provincial y al General. El superior de cada casa tiene igualmente un consejo y un *admonitor*. Tal es la forma del gobierno de la Compañía: la unidad de poder, la multiplicidad de votos consultivos. De este modo la sabiduría posee toda su luz y la acción todo su poder.

El General es vitalicio; todos los demás superiores, —58→ cualesquiera que sean, no son nombrados sino para tres años; sin embargo pueden ser reelegidos; y todos se reputan dichosos cuando llega el término y quedan libres de la carga<sup>69</sup>.

Esta sencilla organización entraña mucha fuerza y suavidad, muchos elementos de orden y de paz; muchas garantías y apoyos conservadores. Es un rodaje fácil y regular que desenvuelve su acción tranquilamente. Hay siempre muchas conciencias que velan por deber cerca de la autoridad, y la ilustran y la avisan respetuosamente y dan cuenta a la autoridad superior.

Las reglas, los consejos, las libres comunicaciones, los recursos siempre abiertos y el principio interior de caridad que es el alma de todo, se aúnan para producir un estado de cosas en que ninguna autoridad es independiente y absoluta. Las leyes solas tienen un soberano imperio.

Así todos contribuyen en algún modo al ejercicio de la autoridad y todos obedecen.

Sin embargo he ahí lo que algunos han osado llamar despotismo, delación, servidumbre; cuando en realidad no hay sino orden, respeto, legítima vigilancia y verdadera libertad.

Es claro que para un cuerpo religioso y apostólico, aquí debían parar las combinaciones y prescripciones de la prudencia. Su conservación y buen éxito debían dejarse a Dios mismo, a su espíritu, a su atenta Providencia. Demás de que, cuando por medio de las largas preparaciones y las pruebas que dirigen las elecciones, se ha adquirido la moral certidumbre de no tener por gobernantes sino hombres de probidad, de conciencia, desinteresados y capaces, ¿qué otra medida pudiera mejor responder a un cuerpo de su porvenir? Hágase lo que se quiera, la garantía más segura y aun la cínica eficaz en punto de gobierno será siempre la probidad, la religión, el celo de los depositarios de la autoridad.

—59→

Y en cuanto a los que quieren juzgar de todo, según las menguadas ideas de la política humana, que respecto de una sociedad religiosa no saben tomar en cuenta ni el elemento divino depositado en sus leyes, ni el poder regulador de una caridad verdadera, hablarán siempre como ciegos de nuestro Instituto, de su fuerza vital y de su régimen interior. No suponéis sino desconfianza mutua y triste esclavitud en nuestra vida; no la conocéis. En todos vuestros juicios ni uno solo hay que sea exacto. Habéis hecho mucho ruido y discursos sin verdad. Ignorabais: pero cuando se ignora, el silencio es la ley del honor, y donde vosotros habéis prodigado la injuria, yo que sé he dicho la verdad.

Por lo demás, ¿queréis juzgar mejor a esos hombres? sabed cual es la vida que llevan.

## V.- Día del jesuita

A las cuatro de la mañana la campana toca a despertar; el hermano *Dispertador* recorre al punto los cuartos, y avisa con el piadoso saludo: *Benedicamus Domino*. Un cuarto de hora después torna a pasar para probar la obediencia puntual de todos a este primer deber de la regla. Así es como una exacta disciplina viene siempre en auxilio a la buena voluntad personal. El uso llama entonces a los religiosos de la Compañía a la capilla, al pie del Santísimo Sacramento. A las cuatro y media entra de nuevo en su celdilla para vacar solo a la oración por espacio de una hora.

La campana del *Angelus* pone fin a la meditación: los sacerdotes dicen sucesivamente su misa; y después de la acción de gracias, comienza el curso de las ocupaciones diarias. En verdad no nos faltan; y pudiera decir, que el tiempo es un bien que dentro, vienen a robar al jesuita, tanto quizá, como le disputan fuera, aunque con miras muy diversas, el honor y la libertad.

Sin embargo hay siempre reservadas algunas horas para el trabajo solitario y el estudio. Los —60→ unos, y son los más, se aplican a las penosas y lentas preparaciones que exige la predicación Evangélica: otros se entregan a las investigaciones científicas e históricas. Todos se emplean en las activas funciones del ministerio de las almas, que, en general dejan poco lugar a un pacífico ocio. Además, a no ser que la imperiosa necesidad obligue al religioso a prohibir severamente el acceso de su pobre celdilla, está casi siempre sitiada de visitas. Y allí se presentan libremente los hombres de todos los estados, de todas las opiniones: todos los géneros de infortunio, todas las aflicciones del alma, vienen alternativamente a excitar nuestra compasión y nuestro celo. La estadística de las visitas de un solo día en la habitación de alguno de nosotros, sería a veces una curiosísima, historia. Muchas acaso tendrá en ellas su parte la policía, y los intrigantes buscarán la suya; pero siempre quedará la mayor para los que sufren, y que vienen confiadamente a pedirnos consuelo y verdad. A todos se procura hablar el lenguaje de la fe y de la caridad: los que habían venido para tentarnos y cogernos en nuestras palabras, retírense, muchas veces confusos, y acaso alguna vez desengañados; y otros en mayor número, creemos que consolados en sus penas. Así es como algunos hombres enemigos se han hecho los amigos fieles de aquellos a quien no conocían y que han aprendido a conocer.

¿Qué diremos ahora de las demandas que algunos nos dirigen, como a hombres de influencia? Buenas gentes, que llegan a creer en fin lo que les venden acerca del poder de los jesuitas. ¿Cómo quererlas mal? Pero es preciso confesar, que en nuestras horas de recreo, nos hacen pasar algunos ratos divertidos.

El religioso, el sacerdote se debe a todos; las mujeres cristianas, y aquellas que sienten la necesidad de hacerse tales, preguntan por él; baja al lugar asignado para recibirlas; y la caridad no le permite siempre volver a subir tan presto como —61→ quisiera. Llámánle también al confesonario; vase allá; y aunque ciertamente haya un gran bien que hacer allí, aunque se hallen algunas de esas almas fuertes que son los ángeles de sus familias, las madres de los pobres, los apoyos de todas las buenas obras, preferimos desempeñar este ministerio con la juventud de las escuelas y del mundo, que todavía quiere confiar en nosotros y hacernos depositarios de sus flaquezas, de sus combates y virtudes.

Las relaciones del ministerio o algunas horas de trabajo que se les roban; he ahí pues lo que llena la primera parte del día y lo que llenará la segunda.

Llega el medio día, que es un tiempo de parada en la vida, de comunidad. Empléase desde luego un cuarto de hora en el examen de conciencia acerca de la mañana, a fin de encontrarse uno nuevamente más cerca de Dios y de sí mismo. Bájase después al refectorio, donde el silencio y la lectura sazonan una frugal comida que dura como media hora. Visitan juntos el Santo Sacramento, y se reúnen luego para el recreo. Francamente lo digo, yo quisiera que se contemplara entonces desde algún observatorio a esos formidables jesuitas; tal vez al ver la libre cordialidad, los sencillos desahogos, la

leal alegría de sus pláticas, ya no se les tendría por esos seres tenebrosos y maléficos a quienes se ha pintado tantas veces con los más negros colores. Esas odiosas preocupaciones son tan contrarias a mi carácter, que no puedo traerlas a la memoria sin contristarme, y me ofende hasta el lenguaje que acabo de emplear.

Nos separamos después de tres cuartos de hora. Vuélvese al silencio, al trabajo, y por lo común al confesonario, comenzando a oír nuevamente la larga historia de las penas y enfermedades de las conciencias mundanas. Se oye así al pobre como al rico, al niño y al hombre hecho. En caso de necesidad se va también a consolar a los enfermos y moribundos en su lecho de dolor, y estos religiosos deberes —62→ se desempeñan principalmente en las primeras horas de la tarde. Pero nos abstenemos de toda visita que no sea sino pura distracción o ceremonia. Nunca un jesuita se deja ver en el mundo; nunca come fuera de la comunidad a no encontrarse de ella separado por causa de misión evangélica.

Viene la noche; sin embargo ha sido preciso encontrar tiempo para la oración y el oficio divino, se le ha aprovechado tan luego como se ha podido. A las siete reúne la cena a los habitantes de la casa; siguen otra vez algunos instantes de recreo; a las siete y cuarto rézase en la capilla las letanías de los Santos; concluidas, cada cual se retira a su cuarto y consagra una media hora a la lectura espiritual y al examen de su conciencia. A las nueve se toca a descanso. Algunos, con permiso de los superiores, podrán prolongar todavía el trabajo o la oración; algunos otros, por la madrugada, se adelantarán a la hora de despertar común; pero todos obedecerán a la prudente autoridad que vela en la conservación de la salud y de las fuerzas necesarias.

De este modo se siguen los días y se aparecen. Son llenos, penosos muchas veces, sin embargo apacibles. Y he ahí en la realidad a esos hombres a quienes se juzga tan peligrosos al estado, a la Iglesia, a la causa de las libertades públicas, al bien de las familias.

## **VI.- La obediencia**

Acabaré el análisis de las Constituciones, dando la idea exacta de la gran ley de obediencia. Convengo en que ella es nuestra alma, nuestra vida, nuestra fuerza y nuestra gloria. Éste es el punto capital del Instituto, y el punto también capital de los ataques. Hablaré de ella con la misma sencillez y precisión que de las cosas que preceden.

He aquí las palabras de San Ignacio, que traduzco literalmente.

«Todos procurarán observar principalmente la —63→ obediencia y sobresalir en ella. Es preciso tener delante de los ojos a Dios nuestro Criador y Señor, por el cual se presta obediencia al hombre». Esto es lo que la justifica y ennoblece. No conviene que los corazones se encorven bajo el yugo del temor; por eso el Santo Legislador añade: «Conviene poner el mayor cuidado en obrar con espíritu de amor, y no con la inquietud del temor, *ut in spiritu amoris et non cum perturbationem timoris procedatur...* En todo aquello a que la obediencia puede extenderse con caridad (es decir, sin pecado), seamos tan prontos y dóciles como sea posible a la voz de los superiores, como si fuera la voz

misma de Jesucristo nuestro Señor; porque a él es a quien obedecemos en la persona de los que ocupan para nosotros su lugar... Cumplamos, pues, con gran presteza, con alegría espiritual y perseverancia todo lo que se nos mande, renunciando por una especie de obediencia ciega a todo juicio contrario; y esto en todas las cosas ordenadas por el superior, y *en que no se hallare pecado*».

Aquí se encuentra el dicho famoso y tantas veces comentado: «estén todos bien convencidos de que viviendo debajo la ley de la obediencia, deben sinceramente dejarse llevar, regir, poner, trasponer por la divina providencia por medio de los superiores, cual si fueran cadáver, *perinde ac si cadaver essent*; o bien así como el báculo que un anciano tiene en la mano, y que le sirve a su antojo». Y el Santo Legislador, explicando su pensamiento, añade: «Así el religioso obediente cumple con alegría aquello que el superior le ha encargado para el bien común, seguro de que obrando así corresponde verdaderamente a la voluntad divina, mucho mejor que si inspirado por su propio juicio formara empresas a gusto de una libertad inconsiderada, y algunas veces por los movimientos de una libertad caprichosa»<sup>70</sup>.

Quisiera que se releyeran atentamente estas palabras, —64→ y se procurase entenderlas bien. Se ha metido mucho ruido; y sin embargo ni aun se ha comprendido su sentido, o al menos se le ha desfigurado extrañamente.

Volveré a las palabras su significado, y sus derechos a la buena fe.

Y en primer lugar recordaré simplemente que todas las órdenes religiosas están ligadas por el mismo voto de obediencia, que todas expresan y entienden del mismo modo la virtud de obediencia.

¿Pero se quiere ir al fondo mismo de las cosas? ¿Se quiere hablar según razón y principios?

Busque cada uno en sus recuerdos lo que hay de bello, de grande y de mayor estima entre los hombres.

¿Serán por acaso las magnificencias del orden perfecto? Pues bien, todo el orden consiste en la justa subordinación. Gravitar hacia un centro común es el orden mismo de la naturaleza: pero esto es la obediencia.

El orden y la armonía del cuerpo humano son también admirables; pero la cabeza manda.

La prudencia y la seguridad de miras son preciosas y muy raras en la conducta de los negocios. Pero la sabiduría del hombre, dice Fenelon, no se halla sino en la docilidad. El verdadero sabio es el que agranda su sabiduría con toda la que recoge en otro. Esto es exacto.

El hombre que está solo consigo mismo, que se fía de sus propias ideas y se exime de todo consejo; ese no tiene ya sabiduría ni prudencia.

Así pues, el religioso es verdaderamente cuerdo; porque el superior es para él por estado el consejo, el apoyo, la razón de un padre. Contemplad a una familia pacífica y

bien arreglada; ¿por ventura el alma de su prosperidad no es la subordinación y la obediencia?

Pero debo asentar aquí el gran principio; principio que ciertamente no es del dominio estrecho de la humana filosofía, sino que es propio de la fe. Supóngala —65→ al menos por un momento el que sea tan desgraciado que no la tenga.

¿Cuál es, pues, el sentido de la obediencia del jesuita, y para hablar más exactamente, de todo religioso sin excepción? Helo aquí bajo el punto de vista de la fe, el único que hay práctico y verdadero en esta materia.

Dios en su providencia sobrenatural y particular, ha establecido en el seno de la Iglesia un género de vida y de perfección evangélica cuyo fundamento y esencial carácter es el voto de obediencia.

Al mismo Dios es a quien el religioso consagra su obediencia: Dios la acepta, y se obliga así en cierto modo a dirigir y gobernar por medio de una autoridad siempre, presente, las acciones del que quiere y debe obedecer.

Dios vive, Dios obra, y dirige en la Iglesia las funciones de todo el cuerpo y señaladamente las funciones de la jerarquía. Esta jerarquía, divina y no humana, constituye, aprueba; inspira los reglamentos y los superiores de las órdenes religiosas; por manera, que la obediencia de cada uno de sus miembros, por una idea de fe tan cierta como pura, debe subir a la autoridad del mismo Dios.

Yo obedezco a Dios, no al hombre: yo veo a Dios, oigo en mi superior al mismo Jesucristo; tal es mi fe práctica, tal el sentido de mi voto de obediencia y de las reglas que le explican. Dejad pues al hombre, a su esclavitud o tiranía: dejadme, yo obedezco a Dios no al hombre.

Y ahora levantemos la mente, que hay aquí una teoría magnífica. Cierto, es sobrenatural y divina, pero esto nada importa. El superior manda con la conciencia de la autoridad que le viene de Dios: el inferior obedece con la convicción de la obediencia que debe a Dios. El superior vive de la fe; el inferior también.

Pláceos a vosotros descartar la fe, y con eso apagáis la antorcha de donde viene aquí toda la luz, —66→ y nos juzgáis como ciegos al través de las tinieblas que son vuestra obra.

No, no hay aquí sino un solo principio, principio absoluto y soberano que debe considerarse y fuera del cual se desatina necesariamente en materia de obediencia religiosa: Dios reconocido, Dios respetado en los superiores.

Además, ¿qué hay en eso de singular?

No hay duda sino que San Ignacio ha insistido mucho sobre la virtud y perfección de la obediencia; pero nada ha dicho de más fuerte, ni aun tanto como los demás fundadores de sociedades religiosas: y esto es lo que no debieran ignorarlos que nos combaten si lo hubieran examinado sinceramente.

San Ignacio nos permite dirigir siempre a los superiores nuestras humildes representaciones, después de haber consultado a Dios en la oración; nos permite manifestarles respetuosamente nuestras opiniones contrarias a las suyas, y con esa lengua de moderación y de prudencia, que sabía hablar tan bien, creyó que debía templar el consejo de la obediencia ciega (*caecu quadam obedientia*) cuando los otros, todos los otros, la imponen con un rigor que no admite miramiento, con una extensión que no conoce límites.

San Benito, este patriarca de la vida religiosa en Occidente, cuyos discípulos han desmontado la Europa, y a quien las ciencias y las letras deben la conservación de sus más bellos tesoros; San Benito, cuyo espíritu dominó largo tiempo sobre innumerables generaciones para civilizarlas e instruir las; San Benito, fundador de la vida monástica, ordena textualmente a sus discípulos que obedezcan hasta en las cosas imposibles; se comprende que es aquí el eco de la palabra Evangélica; véase el prefacio de sus reglas y los artículos 5 y 68.

No ignoraba San Ignacio el misterio de esa santa temeridad que se remite a Dios ciegamente, confiada en que trasladará los montes para hacer —67→ brillar los triunfos de la fe; pero no dejó la lección por escrito.

San Ignacio exhorta a los religiosos a que se dejen llevar y regir por la *Divina providencia*<sup>71</sup>, cual si fueran cadáveres; *perinde ac si cadaver essent*. Esta imagen no es suya, siendo evidente que la tomó del grande y admirable San Francisco de Asís. Este hombre tan extraordinario, tan poderoso y apacible, a quien fue dado realizar tantas maravillas, que vino a mostrar a la tierra el Evangelio viviente de la pobreza y de la cruz en un apostolado tan bello y tan verdadero: San Francisco de Asís no miraba como realmente obediente, según refiere San Buenaventura, otra lumbrera resplandeciente de la edad media, sino al que se deja tocar, remover, colocar, y mudar de puesto sin resistencia alguna, como un cuerpo sin vida, *corpus exanime*<sup>72</sup>.

El mismo pensamiento expresaba también casi en los mismos términos, cuando decía su sentir a los religiosos, instruyéndoles acerca de la obediencia: «Muertos y no vivos quiero yo por discípulos». *Mortus non vivos ego meos volo*<sup>73</sup>; y ya Casiano había empleado mucho antes esta enérgica imagen para significar la perfección de la obediencia<sup>74</sup>.

En fin, por omitir todos los demás, San Basilio, el legislador de los monjes de Oriente y una de las figuras más varoniles de las antiguas Iglesias, así como una de las más bellas glorias del episcopado y de la ciencia sagrada, San Basilio, en el capítulo 22 de sus constituciones monásticas<sup>75</sup>, quiere que el religioso obediente sea como el instrumento en manos del artífice, o bien, como la segur en manos de un leñador. Preciso es confesar, que el báculo —68→ del anciano, tan singularmente notado en San Ignacio es algo menos formidable.

¡Pero cómo! se dirá siempre, obedecer como ciego, someter uno su voluntad y su juicio, ¿es eso pensar, vivir como hombre? Sí; y aun es haber hecho gloriosas conquistas en la carrera de la dignidad humana, y aunque el horror hubiera aun de aumentarse, yo expondré esa horrible doctrina.

«¡Ay! dice la Escritura; ¡ay del que anda en su camino, y se harta de los frutos de sus propios consejos! ¡Ay del que se cree libre cuando no es determinado por otro, y no conoce que en su interior es arrastrado por un orgullo tiránico, por pasiones insaciables, y aun por una sabiduría, que bajo de una apariencia engañadora, es peor muchas veces que las mismas pasiones!». Fenelon es quien habla así<sup>76</sup>; yo diré después de él:

¡Oh Dios mío! ¡Cuánto deseara yo estar muerto a mí mismo, estar anonadado como lo entendían San Ignacio y San Francisco! Toda mi ambición quedara satisfecha en este mundo. Hay almas piadosas y recogidas que aceptarán y comprenderán este lenguaje; y para hacerlo entender a todos, los bellos y poderosos genios que han fecundado la Iglesia y derramado copiosamente los frutos de vida en el seno de las naciones, vendrán en mi ayuda y dirán mejor que yo cómo debe uno morir a sí mismo para bien vivir.

Oid a San Pablo; «estáis muertos y vuestra vida está escondida con Jesucristo... estamos sepultados con él en la muerte... Por lo que a mí toca, muero cada día... Estoy muerto y crucificado para el mundo, y el mundo está muerto y crucificado para mí... Así mi vida es Jesucristo solo... Somos como moribundos, y sin embargo vivimos»<sup>77</sup>.

—69→

Si el lenguaje de San Ignacio es extraño, al menos será fuerza convenir en que San Pablo le había dado buen ejemplo. San Pablo nos revela, aquí sus más admirables secretos: nos descubre el principio de donde, entre las largas luchas de su apostolado, fue a sacar la fuerza y la victoria. Muriendo pues de este modo al mundo, a sí mismo, a sus voluntades y deseos, a todo lo que no era Dios, así llevó a cima tan increíbles empresas, consumó una carrera tan gloriosa, salvó tantas almas.

Esa lengua de San Pablo habíala ya hablado antes una boca divina. ¿Y qué otra cosa significa esta lección «si alguno quiere venir en pos de mí renuncie a sí mismo, tome su cruz y sígame», si no esa misma abnegación interior que esta muerte en nosotros de la voluntad e inteligencia propias, de esa falsa energía que nos mata, al paso que abdicándola, vivimos de esa noble vida que enseñó el Señor?

Qué significa esa otra enseñanza del Salvador: «¿Conviene nacer de nuevo?». Mas, para renacer, es forzoso que antes se haya muerto; y morir, es principalmente obedecer; que obedeciendo señaladamente es como el alma se despoja de esa vida facticia y corrompida que le ha formado el orgullo, y se regenera en el seno de la vida nueva que la humildad le trae con la gracia.

Pero hay una sentencia de Jesucristo que el hombre apostólico debe meditar profundamente entre todas las demás: «El grano de trigo, si no muere, queda solo, si muere, produce mucho. Así el que ame su alma la perderá; y el que aborrece su alma en este mundo la guarda para la vida eterna»<sup>78</sup>.

—70→

Pues bien, vuelvo a preguntar, ¿qué viene a ser ese aborrecimiento de sí mismo, esa muerte voluntaria y soberanamente codiciable para vivir y fructificar? ¿Qué es eso? ¿Blasfemaréis contra la palabra evangélica?

Sí, nos dice la sabiduría increada, es necesario que muráis, que seáis sepultados en la tierra, que desaparezcáis en la humillación de vosotros mismos y en la abnegación, y luego después reviviréis. Se os tornará a ver, reapareceréis llevando los frutos de vida. Por la muerte os habréis hecho la sal de la tierra, la luz que ilumina, el aliento de las almas y el trigo de Jesucristo.

San Pablo quiso expresar enérgicamente en la misma persona del Salvador este divino principio de gloria y de vida, cuando dijo: Se anonadó, *exinanivit*: hízose obediente hasta la muerte, *obediens usque ad mortem*. San Ignacio en su ley de obediencia, no ha querido expresar otra muerte que esa bella y fecunda vida del apostolado definido por Jesucristo y por San Pablo.

¡Oh mi bienaventurado padre! No había yo menester que la autoridad de vuestros preceptos fuera nunca justificada en mi presencia. La palabra con que me mandáis morir obedeciendo es el más puro y generoso espíritu del Evangelio. Lo creo con todas las fuerzas de mi alma, y lo proclamo a la faz de este siglo, que tal vez comprenda mejor ahora mi lenguaje: no he encontrado la paz y la vida sino en la idea de esa muerte a mí mismo.

Cíteseme uno de los grandes nombres con que se honra la Iglesia católica, que no haya enseñado esa doctrina sublime. Admiráis a Bossuet: pues bien tomad su discurso sobre la vida oculta, y hallaréis que es un comentario magnífico del texto del Evangelio y al mismo tiempo del célebre dicho de San Ignacio<sup>79</sup>. Ese discurso es demasiado largo para que yo le traslade, y sobradamente bello para que lo destruya en citas. Es necesario leerle —71→ entero. Recordaré solamente esta expresión de Bossuet: «Como está un muerto respecto de otro muerto, así está el mundo para mí y yo para el mundo»<sup>80</sup>.

El ingenio tan profundo y piadoso de Fenelon, mal podía olvidar ese estado de muerte espiritual: ¡cuántas veces discurre sobre este punto! «¿Qué es, pues, lo que debemos hacer? escribía. Es preciso renunciar a sí mismo, olvidarse, perderse... ¡oh Dios mío! no tener ya más voluntad ni más gloria que la vuestra... Dios quiere que mire yo a este ser mío, como miraría a un ser extraño... que lo sacrifique para siempre, y lo refiera totalmente y sin condición al Criador de quien lo tengo...»<sup>81</sup>. ¡Y este grito de San Agustín que se ha mirado como una de las más sublimes aspiraciones de su grande alma, no sería más que una locura! «¡yo morir a sí mismo, o amar, o ir a Dios!». Que es también lo que deseaba Fenelon cuando exclamaba: «¡oh Salvador, yo os adoro, yo os amo en el sepulcro, yo me encierro ahí con vos... yo no soy ya del número de los vivos! ¡oh mundo! ¡oh hombre! olvidadme, pisadme, estoy muerto, y la vida que me está aparejada estará escondida con Jesucristo en Dios»<sup>82</sup>.

Tal es, pues, la muerte preciosa que la obediencia religiosa realiza por admirable manera: vivo y verdadero holocausto en que el hombre entero se sacrifica, a Dios, a sus hermanos, a todas las obras grandes y gloriosas.

Vosotros no lo comprendéis, espíritus soberbios de este tiempo, enseñados a complaceros en todos los ambiciosos desvaríos de la razón humana, en todas las quimeras de independencia; lo concibo: más, por Dios, guardaos de blasfemar lo que ignoráis; lo que los santos y los más bellos ingenios —72→ han conocido; lo que nos han legado en sus testamentos religiosos.

No podéis comprender, y sin embargo algunas veces gemís; ¡ah! la tierra tiembla debajo de vuestros pies, y proponéis cuestiones sabias para definir qué plaga es esa que destruye la humanidad.

¡Cosa en verdad extraña! Se os ve al mismo tiempo ebrios de un orgullo insensato cantar sobre un abismo; y vacilantes siempre en la vida, celebráis el desenfrenado poder de pensar y decirlo todo, cuyos excesos teméis también. Os ufanáis de esa fuerza que derriba siempre sin edificar jamás; enhorabuena; pero otros han pensado que reconquistarían la libertad, el orden y la paz de sus almas, abjurando en las manos de Dios y de una autoridad por él constituida, ese poderío de error, de perturbación y de crimen que entraña el corazón del hombre. Rebelarse contra Dios, sacudir insolentemente su yugo, es tan fácil como desastroso. Domeñar el orgullo que brama, el pensamiento inquieto, las pasiones deslumbradas y todo ese yo desarreglado, cuya independencia nos envilece y nos mata, eso es libertarse y vivir: es volver a un imperio verdaderamente fuerte y pacífico donde Dios reina, donde el hombre obediente reina también; porque hace el uso más noble de su poder y de su libertad. Y si es costoso el morir de esto modo a esa falsa y funesta vida; si es costoso conformar la inteligencia y los deseos a la sabia dirección que la religión imprime, y que Dios mismo reviste con su autoridad, también hay en ello el más esforzado, el más glorioso, el más fecundo de los sacrificios, el sacrificio de sí mismo, y la victoria alcanzada sobre los más indomables enemigos del hombre, su entendimiento y su corazón.

¿Qué es lo que muere aquí? Lo que no es digno de vivir, lo que da la vida al alma retirándose; el orgullo, la vanidad, el capricho, la flaqueza, el vicio y la pasión.

No se hace morir, antes bien se reanima y robustece lo que es digno de la vida; es decir, el olvido —73→ de sí mismo, la virtud, la abnegación, el valor verdadero.

Así es como el hombre, obedeciendo, hácese dueño de sí mismo, se levanta y agranda tanto con magnánima sencillez, cuanto dista la verdadera servidumbre de la verdadera libertad.

*¡Oh esclavitud, a quien la insolencia humana no se avergüenza de llamar libertad!*, decía Fenelon; y éste era el grito de un gran corazón y de un bello talento.

Así el religioso no es ya esclavo; no sirve ya al genio, al capricho, a los sentidos, al orgullo ni a las pasiones; ha hollado sus tiranos. Está libre en los caminos seguros; la verdad y la prudencia arreglan sus pasos. Es libre, porque obedece a la sabiduría de Dios; y obedece para consagrarse a todas las obras útiles, a todos los sacrificios y a todos los trabajos para el bien eterno de la humanidad.

«Soldado, irás a colocarte a la cabeza de ese puente; permanecerás allí; tú morirás, nosotros pasaremos. Sí, mi general».

Tal es la obediencia guerrera, *perinde ac cadaver*. Ella sirve, ella muere; y he ahí por qué la patria no tiene bastantes coronas, no tiene voces bastantes para celebrar su heroísmo y su grandeza.

«Mañana saldrás para la China; la persecución te aguarda, y acaso el martirio. Sí, padre mío».

*Perinde ac cadaver*; tal es la obediencia religiosa. Ella hace al apóstol, al mártir; ella envía sus nobles víctimas a morir a las extremidades del mundo por la salud de hermanos desconocidos. Y he ahí por qué la Iglesia le levanta altares, le decreta su culto, sus pompas y sus cantos gloriosos.

Tal es la obediencia que se exige del jesuita. Habéis creído poder entregarla a la misión pública; os ha parecido bien menospreciarla; dejadme pensar que hasta hoy no la habíais comprendido<sup>83</sup>.

—74→

△▽

## Capítulo tercero

### Doctrinas de la Compañía de Jesús

El 6 de agosto de 1762, el parlamento de París dio el decreto que pronunció la supresión de la Compañía de Jesús. Según los términos que preceden a la parte *dispositiva*, y que bien podemos mirar aquí como la expresión de los *motivos* que antiguamente no se enunciaban en los juicios, se declara a los jesuitas culpables de *haber enseñado en todo tiempo y constantemente con aprobación de sus superiores y generales*; «la simonía, la blasfemia, el sacrilegio, la magia y el maleficio, la astrología, todo género de irreligión, la idolatría, y la superstición, la impudicia, el perjurio, el falso testimonio, la prevaricación de los jueces, el robo, el parricidio, el homicidio, el suicidio, el regicidio».

El catálogo no es completo. La misma sentencia trae muchas denuncias y ochenta y cuatro censuras que notan y condenan la moral y la doctrina enseñada en la Compañía de los jesuitas, como «favorables al cisma de los griegos, atentatorias al dogma de la procesión del Espíritu Santo, que favorecen el arrianismo, el socinianismo, el sabelianismo, el nestorianismo, conmueven la certeza de algunos dogmas sobre la jerarquía y los ritos del sacrificio y del Sacramento, destruyen la autoridad de la Iglesia, favorecen a los luteranos, calvinistas y otros sectarios del siglo XVI, reproducen la herejía de Wiclef, renuevan los errores de Ticonio, de Pelagio, de los semipelagianos, de Casiano, de Fausto, de los Marselleses, añadiendo la blasfemia a la herejía; injuriosas a los Santos Padres, —75→ a los apóstoles, a Abraham, a los profetas, a San Juan Bautista, a los ángeles, ultrajadoras y blasfemas contra la bienaventurada Virgen María; destructivas de la divinidad de Jesucristo, que combaten el misterio de la redención, favorecen la impiedad de los deístas, saben a epicureísmo, enseñan a los hombres a vivir como brutos y a los cristianos a vivir como gentiles, etc.»<sup>84</sup>.

Así todas las monstruosidades del entendimiento humano, todas las herejías, todos los errores, excepto solo el Jansenismo, todos los crímenes, todas las impiedades, todas las infamias fueron enseñadas por los jesuitas en todo tiempo y constantemente. He ahí lo que hallé delante de mí en el umbral de la Compañía de Jesús, cuando Dios me inspiró el designio de abrigar, en ella mi vida. Era yo magistrado, era hombre y pase adelante.

Las calificaciones que d'Alembert y Voltaire hicieron de este decreto son bastante conocidas y subsisten. La ley del sentido común, que prevalece siempre en Francia, se ha pronunciado también sin apelación. Me limitaré a citar la opinión de monsieur de Lally Tolendal, la cual es notable por su gravedad.

«Creemos poder reconocer desde este momento, que, en nuestro sentir, la destrucción de los jesuitas fue un negocio de partido y no de justicia: un triunfo orgulloso y vengativo de la autoridad judicial sobre la eclesiástica, y aun diríamos, sobre la autoridad real si tuviéramos tiempo para explicarnos; que los motivos eran fútiles: que la persecución llegó a ser bárbara; que la expulsión de muchos miles de súbditos fuera de sus casas y de su patria por metáforas que eran comunes a todos los institutos monásticos, por libracos sepultados en el polvo y compuestos en un siglo en que todos los casuistas habían profesado la misma doctrina, era el acto más arbitrario y tiránico que pudiera ejercerse; —76→ que *de ello resultó generalmente el desorden que acarrea una grande iniquidad* y que señaladamente se hizo, a la educación pública una herida hasta ahora incurable. M. Seguier, obligado por su cuerpo a tomar una parte activa en aquella guerra encarnizada contra algunos religiosos, hízolo al menos con toda la blandura y moderación que pudo... educado por ellos, podía juzgar cuanto se les calumniaba»<sup>85</sup>.

Dejemos esto. Dos puntos me han llamado la atención: me ha parecido que lo decidían todo, y bastaban al buen sentido y a la buena fe.

¿La Compañía de Jesús tiene doctrinas que la sean peculiares?

¿Qué espíritu la dirige en la enseñanza dogmática y moral de la religión?

San Ignacio ha querido estas dos cosas: la seguridad de la doctrina, y el espíritu de caridad y de celo evangélico.

Diré desde luego que la compañía no tiene, hablando propiamente, doctrina que le sea peculiar; sigue las doctrinas más comúnmente autorizadas en la Iglesia; y en cuanto a las opiniones libres, deja también libertad a los entendimientos en la unión de los corazones. Tal ha sido el sabio pensamiento de su fundador.

Un cuerpo tiene principalmente necesidad de armonía y de paz interior; la unión entre los miembros es su vida. La diferencia de opinión y de doctrina, dividiendo los entendimientos, expone también muchas veces al riesgo de dividir los corazones. No es pues extraño que San Ignacio haya recomendado a los religiosos de su Compañía, eviten, cuanto sea posible, esa variedad de enseñanza y de opinión, la cual quita con la unión la fuerza, y viene a ser la ruina de la verdad misma. Los superiores deben poner el mayor cuidado en apartar este peligro<sup>86</sup>.

—77→

Con este fin, y para celar también la integridad de la doctrina, nuestras constituciones sujetan a un examen y autorización previos todos los libros que un religioso de la Compañía quiera publicar<sup>87</sup>. Esta garantía es necesaria, y moralmente suficiente.

Sin embargo, fácilmente comprendí, que nunca pudo ser el ánimo de la Compañía, al emplear tan prudentes precauciones, que la menor enseñanza de cada uno de sus escritores o profesores viniera a ser la enseñanza de todo el cuerpo; ni que la aprobación de tres o cuatro examinadores y de un superior imprimiese al libro de un jesuita una sanción de verdad irrefragable. Seguramente es cosa muy sencilla el reconocer que algunos autores jesuitas, sus examinadores y prelados pudieron engañarse y se engañaron.

Mas pareciome evidentemente contrario a la justicia y al buen sentido el imputar a todo el cuerpo las opiniones o los errores de algunos individuos; bien así como repugna que los individuos sean tenidos por irreprehensibles, y que el cuerpo sea criminal y digno de condenación. Porque, en fin, de unos miembros sanos nunca se formará un cuerpo vicioso. Sin embargo ¿cuántas veces no se ha cometido, respecto de la Compañía de Jesús, una u otra de esas inconsecuencias?

San Ignacio para conseguir el fin que se proponía trazó pues las reglas más convenientes.

Nada encuentro en ellas de exclusivo, nada que constituya en manera alguna una doctrina singular y propia de la Compañía: muy al contrario; y con la más ligera atención se tocará con el dedo la extraña equivocación en que ha caído la ceguedad de las preocupaciones.

¿Cuáles son, en verdad, las doctrinas de la Compañía de Jesús?

Lo que hay de más aprobado en la Iglesia, lo que es la voz común de los doctores, y de aquel en particular, —78→ a quien se ha apellidado tan justamente el príncipe y ángel de las escuelas.

En esta sabia dirección dada a nuestra enseñanza dogmática y moral, no descubro vestigio alguno de esa supuesta esclavitud impuesta a nuestros entendimientos. Encuentro sí una libertad sana, una libertad muy extensa aun sin menoscabo del orden y de la caridad, traducción fiel y verdadera de esta bella máxima de San Agustín: *In necessariis unitas, in dubiis libertas, in omnibus charitas*. He ahí pues el sentido de las palabras de nuestras constituciones.

«Sigán los nuestros en cada facultad la doctrina más aprobada y la que ofrezca más seguridad, *securiorem et magis approbatam doctrinam*»<sup>88</sup>. En teología, Santo Tomás, una de las más bellas glorias de la Iglesia, y honor de la ilustre orden de Santo Domingo, es declarado el doctor propio de los maestros y discípulos de la Compañía de Jesús<sup>89</sup>, sin sujetarse por eso a seguir ciegamente sus menores opiniones. Además; en las cuestiones libremente controvertidas entre los teólogos, el jesuita es también libre para abrazar el partido que bien le parezca. Solamente se le recomienda la moderación y la caridad<sup>90</sup>, *in omnibus charitas*.

Llenos están los autores de la Compañía de estas libres disensiones entre sí. Puede leerlos el que guste; y en presencia de un hecho tan fácil de comprobar ¿dónde está, decidme, esa doctrina particular a los jesuitas, y esa enseñanza de cuerpo que solo a ellos pertenece?

No, vuelvo a decirlo, no tenemos doctrinas propias; podemos tener un espíritu peculiar, lo que es muy diferente.

Cuanto más reflexiono aquí, más me admiro de ver hasta qué punto han podido burlarse algunos —79→ de la credulidad pública: no puedo menos de preguntarme dónde han ido a buscar esas monstruosas quimeras que se han forjado acerca las doctrinas de la Compañía. Un solo y misterioso pensamiento dicta y esclaviza todos los pensamientos; el cuerpo entero enseña y habla por la boca de cada uno; el jesuita no tiene ya el uso de su propia inteligencia; todo se le impone aun en lo que es más inofensivo y más libre, la opinión.

Esto asombra tal vez; sin embargo es muy forzoso tomar a lo serio esas extravagancias, ya que se han encontrado tantos que las creyeran. Pero yo me atreveré a pedir que consientan en creer que somos hombres como los demás, y que no hemos abdicado ni la dignidad, ni la libertad de un espíritu razonable.

He restablecido los principios que nos dirigen y que los hechos manifiestan. De ellos resulta, que la Compañía no tiene, y ni aun puede tener doctrina que le sea exclusivamente propia. Adoptamos la doctrina recibida en la Iglesia más comúnmente. Cuando acerca de una cuestión no hay enseñanza común y autorizada, somos libres entre nosotros según la caridad, como lo son todos los cristianos y sacerdotes, para escoger la opinión que nos pazca. La intención de San Ignacio no fue la de esclavizar y embrutecer los entendimientos, sino arreglarlos; no proscribir toda libertad de opinión, sino prevenir los abusos que pudieran de ella originarse.

Tales son nuestras reglas en cuanto a la doctrina, y tal es el verdadero carácter que presentan los numerosos autores de la Compañía de Jesús. Los que digan de ellos otra cosa, de seguro no los conocen.

Y esto es lo que hace aparecer en toda su claridad la manifiesta injusticia de las acusaciones dirigidas contra algunos de nuestros teólogos, con motivo de ciertas proposiciones reprobables, las cuales, bueno es que se sepa, son por lo demás en muy corto número, cuando se las reduce, como debe —80→ hacerse, a la regla que lo decide todo en la Iglesia, a la autoridad de sus definiciones.

Pues bien, esas proposiciones con que tanto ruido se ha metido, esas sutilezas casuísticas tan dignas de condenación, se las ha escrupulosamente comprobado. *La respuesta a las asepciones* contiene en esta parte pruebas irrefragables: esas proposiciones no tienen por autores a jesuitas; eran comunes a muchos teólogos dominicos, agustinos, franciscanos, a individuos del clero secular, a doctores de la Sorbona; enseñábanse anteriormente a la institución de la Compañía; éstos son hechos sabidos y demostrados.

Pero, ya se supone, que no se ha querido acriminarlos a los demás; los jesuitas solos son culpables. No hay malas doctrinas que no sean obra suya y su propiedad exclusiva: enhorabuena. ¡Pobre Escobar! has pagado por todos; y sin embargo no eras el único criminal; que otros muchos lo eran antes que tú. Pero a favor de una cómoda y fácil jurisprudencia, todo es permitido y legítimo para nuestros adversarios, todo es honroso, hasta las novecientas falsificaciones demostradas en la obra de los *Extractos de las asepciones*. ¡Paz a sus cenizas! Sin embargo, ¿será mucho pedir el que a lo menos no mientan ya en la muerte?

No obstante, si queda demostrado que no tenemos doctrina particular y propia, también es verdad que debemos tener un espíritu que nos sea peculiar. El objeto apostólico de la Compañía, la mayor gloria de Dios que se propone, la salvación de las almas a que está especialmente consagrada, la universalidad de los lugares y misterios que abraza, exigen un linaje de espíritu y de dirección religiosa, que influya en las doctrinas y caracterice una enseñanza. Todo cuerpo religioso tiene necesariamente un espíritu que le es propio, que está en armonía con su objeto, con las circunstancias a que debió su nacimiento, con las necesidades que obligaron a instituirle y adoptarle.

Para los unos este espíritu será relativo, al alivio —81→ de los pobres, a la redención de los cautivos, al trabajo o a la oración solitaria; para nosotros y para otros, es el celo de las almas, la defensa de la verdad, la propagación del reino sagrado del Evangelio.

Por poco que se estudien atentamente los autores de nuestra Compañía, en todos se encontrará ese espíritu bien marcado. Y aquí, no temeré chocar de frente con la preocupación, y asentar, respecto del espíritu que caracteriza nuestra enseñanza y nuestras doctrinas, una asepción que va a parecer muy singular; pero necesito decir mi pensamiento con libertad y franqueza; porque si es verdad que la opinión es la reina del mundo, cierto que señala su imperio con los más extraños caprichos.

Lo diré pues: se achaca como un crimen a ciertos hombres lo que han rechazado y combatido siempre y en todas partes más que todos los otros; se nota su enseñanza de estar falta del principio que constituye su esencia y alma, y cuando se ven luego forzados a reconocer en ella la doctrina que se buscaba, les dan entonces por delito el que profesan lo que se les acusaba de no profesar.

Tal es nuestra historia: ¿se querrá una vez al menos estudiarla con justicia?

Se nos ha echado en cara hace poco con que embrutecíamos la razón y esclavizábamos la libertad humana. Y cabalmente, todos los clamores reunidos nos reprocharon en otro tiempo que las favorecíamos demasiado; éramos la Compañía pelagiana: ¿y quién no sabe que Pelagio fue el promotor exagerado y falso de la religión

y libertad naturales? Entre todas estas imputaciones contradictorias, ¿en qué nos fijaremos? La verdad es que nos hemos mantenido constantemente entre los dos extremos, en pie junto a la inmutable columna de la verdad.

Lo afirmo resueltamente, nuestro espíritu consistió siempre en una verdadera tendencia a guardar —82→ los derechos de la libertad humana y de la razón. Lutero, Calvino, el Jansenismo, gran número de filósofos del pasado siglo quisieron imponer al hombre el degradante dogma del fatalismo; nuestra Compañía luchó constantemente en favor de la libertad. ¿Es este su crimen? De hecho, no ha sido objeto de un odio tan inveterado, no ha venido a ser víctima de tantas persecuciones, sino por haber rechazado incesantemente de la enseñanza católica doctrinas opresivas y desesperantes. El protestantismo de Alemania, y el jansenismo de Francia, son bastantes para probarlo.

Libertar realmente las almas, volver a la libertad, a la razón humana, sus verdaderas prerrogativas, sin dejarlas nunca decaer; aceptar noblemente la dignidad, los derechos verdaderamente razonables de la fe y de la autoridad, que no destruyen en nosotros sino el orgullo de las preocupaciones y los padecimientos del desorden; levantar de nuevo el decaimiento de la naturaleza, consolarla y darla brío, para conducirla bajo la influencia de la gracia al gran fin de los destinos inmortales, esto es lo que una sociedad de apóstoles debe proponerse en todos sus esfuerzos; éste el sentido y el voto expresado por todas las doctrinas de la Compañía; tal es su espíritu.

Y en cuanto al probabilismo, de que se habla las más veces sin saber lo que se dice, no daré aquí una lección de teología sobre un punto de doctrina tan larga, sobrado largamente debatido. Solo diré una palabra, y esta palabra bastará.

Diré únicamente la razón en que se fundan los muchos y graves teólogos que han abrazado el probabilismo; esta razón no es despreciable. Se verá que el probabilismo no consiste en esa necedad de muchas gentes las cuales entienden por eso que el bien o el mal son en todos casos igualmente probables.

El hombre es libre: la ley del deber no puede encadenar la libertad sino en cuanto es cierta la obligación. Una ley incierta o desconocida no es una —83→ ley no quita al hombre el derecho cierto de la libertad de sus actos. Así, cuando hay para la conciencia fundada y prudente duda tocante a la existencia de la ley o del deber; cuando se presentan motivos poderosos y graves autoridades que son propios para persuadir a un hombre prudente, y que tienden a probar que la obligación no existe, o que al menos es incierta y dudosa, en tal caso hay en favor de la libertad lo que se llama *opinión probable*. Así, continúan esos teólogos, en la duda, después de un examen razonable, y en esas consecuencias lejanas y oscuras de la ley primera en que la obligación no es bastante cierta y definida, el hombre es libre y no está ligado con el precepto; este precepto no es ley; es verdaderamente probable que no existe; la libertad dura todavía y no está restringida. He aquí el probabilismo sanamente entendido. No hace sino enunciar un principio profundamente filosófico y moral, a saber, que toda ley cierta obliga, pero que una ley incierta, no. Se podrá *aconsejar* lo más perfecto, lo más seguro, exhortar a ello, y sobre todo escogerlo uno para sí: pero *obligar* a ello *siempre* a los demás, es un rigor que no está escrito en ninguno de nuestros códigos divinos. Tal es la opinión de los teólogos de que hablo.

Lo que de ella acabo de decir hará conocer tal vez que era una cuestión realmente, sería la que se ventilaba, y que la frivolidad de las opiniones mundanas nada puede encontrar en ella que preste materia para sus burlas.

Muchos teólogos de la Compañía de Jesús han combatido el probabilismo. Uno de nuestros generales, el padre Tyrso González, escribió contra esa doctrina lo más fuerte que yo sepa. Otros muchos de entre nosotros la admitieron. Por lo demás era esta una doctrina generalmente enseñada antes que los jesuitas existiesen, y si de improviso se la hizo salir de las escuelas para presentarla en público y controvertirla a la faz del mundo, es porque había en ella un fácil espantajo para las conciencias mal —84→ instruidas: es que esa palabra de probabilismo venía a ser un grito de guerra, tanto más propio para encender las pasiones, cuanto que nada decía a la inteligencia.

Así, a pesar del ingenio de Pascal, cuyas burlescas páginas no pudieran resistir a una discusión verdaderamente seria y teológica, diré: los excesos y sutilezas de algunos casuistas, las burlas y las fáciles injurias de sus adversarios, dejan intactas las razones porque sabios teólogos han creído que el probabilismo, encerrado en justos límites, no era sino una expresión del espíritu de libertad y de caridad evangélica; así lo han enseñado grandes santos.

No me extenderé más, limitándome a resumir, tres hechos: antes que existiera la Compañía, el probabilismo era generalmente enseñado en todas las escuelas de teología; en la Compañía de Jesús fue combatido con las más fuertes razones; sin embargo fue enseñado también por ambos jesuitas y a solo nosotros se nos echa en cara.

Hay otra doctrina, cuyo nombre se parece a la tempestad, y que parece que aun amontona sobre nosotros negros nublados: hablo del tiranicidio.

No discutiré aquí tampoco; una ley severa de la Compañía me lo prohíbe absolutamente. El 1.º de agosto de 1614, el padre general Aquaviva, expidió un decreto que aun está vigente. Por ese decreto se prohíbe en virtud de santa obediencia, y bajo pena de excomunión, a todo religioso de la Compañía el afirmar en público o en privado, en la enseñanza, en los escritos, o respondiendo a los que pidieren consejo, que sea lícito, so pretexto de tiranía, matar a los reyes, etc. No discurriré, pues, como teólogo, narraré como simple historiador.

En los tiempos de la edad media, la cuestión de la legitimidad del tiranicidio en *ciertas circunstancias* había ocupado a los hombres más graves, y Santo Tomás (*De Regimine principum*, lib. 1, cap. 6 y 8) no había titubeado en resolverla afirmativamente. La profunda estabilidad del principio de —85→ los gobiernos, se hermanaba con la profunda independencia de las teorías en materia de filosofía y teología.

Vinieron tiempos en que esta formidable doctrina, que había como dormitado en los libros, fue trasladada a la arena de las pasiones políticas y de las disensiones religiosas; esto fue en el siglo XVI.

Un celo ardiente, algunas veces implacable, había como absorbido la caridad, y apenas dejaba ya en los corazones sino los instintos de la defensa, instintos que tan temibles son en las reuniones de hombres como en el individuo abandonado a sí mismo.

Hacíase a la sazón arma de todo; ¿cómo no se hubieran apoderado de la doctrina del tiranicidio? Católicos y protestantes en el ardor de sus inflamadas pasiones, echaron mano de ella.

Empero, esa doctrina, imputada a los jesuitas, tan lejos estaba de serles peculiar, que la Sorbona fue la que en enero de 1589 dio la señal del desenfreno de las pasiones tiranicas contra el rey Enrique III. Los predicadores más fogosos de ese dogma sanguinario, fueron hombres cuyos nombres no quiero repetir aquí, pero que es notorio no pertenecían a la Compañía de Jesús.

Las relaciones de la liga están en manos de todo el mundo, y en ellas puede comprarse esta aserción. Solo más adelante se oye hablar de la adhesión dada por algunos jesuitas a esa doctrina; y aun estos se contentaron con reproducir la opinión de Santo Tomás. Uno solo de entre ellos, *Mariana*, hombre de un talento superior, pero de un carácter vehemente o indócil, traspasó el límite puesto por el ilustre y santo doctor. Publicose el libro *de Rege*; el cual fue desaprobado en Roma por el general Aquaviva, y suprimida la edición. Mas cayó un ejemplar en manos de los protestantes; esto era una gran fortuna; convenía poder oponerle eternamente a los jesuitas. Por los cuidados de los —86→ protestantes, el libro *de Rege* fue reimpresso y difundido<sup>91</sup>.

Entonces fue cuando el padre Aquaviva dio su decreto. Así es que después, desde 1614 ningún autor jesuita ha hablado ni podido hablar del tiranicidio; pero no importa; en 1762, todos los jesuitas fueron condenados como autores del regicidio; en 1845 pesa todavía sobre ellos esta absurda inculpación. Preciso es reconocer que la justicia y la verdad se entienden y aplican algunas veces de una manera singular.

Reasumamos; no tenemos doctrinas que nos sean peculiares, sino que seguimos las que se enseñan más comúnmente en las escuelas católicas. Tenemos y debemos tener un espíritu propio, como lo tienen todas las sociedades religiosas. El nuestro, que es un espíritu de celo por la salvación de las almas, nos indujo siempre a defender los verdaderos principios que protegen contra los excesos y mantienen en sus justos derechos la libertad y la razón humanas.

En cuanto al probabilismo y tiranicidio, lo dicho ha demostrado suficientemente como se practica la justicia distributiva respecto de nosotros.

## Capítulo cuarto

△

### Misiones de la Compañía de Jesús

Nunca resonó en el mundo palabra más poderosa y fecunda que la que un día se pronunciara desde una montaña de Judea para mudar los destinos del universo: *Id, enseñad a todas las naciones*<sup>92</sup>.

Entonces apareció en la tierra una fuerza desconocida —87→ de regeneración moral y de civilización verdadera, que debía perpetuarse y vivir indestructible en medio de las

revoluciones y ruinas. ¡Este poder maravilloso, se llama el *Apostolado*! Desde los primeros momentos, la Iglesia de Jesucristo abarcó en la efusión de su celo la universalidad del género humano. A los pescadores galileos se dirigía ese mandamiento profético de Dios, que quería, a la claridad de la luz evangélica, reducir a su reino de amor y de verdad las naciones descarriadas: «Id, pasad a esos países remotos que me aguardan. Levantad mi estandarte a la vista de los pueblos... Yo enviaré, dice el Señor, yo enviaré a los que he elegido a las naciones que están a la otra parte de los mares. Lanzarán las saetas encendidas de su palabra hacia el África, la Lidia, la Grecia, la Italia, y las islas apartadas, hacia los que no han oído hablar de mí, que no han visto mi gloria, y anunciarán mi ley a las naciones»<sup>93</sup>.

El ministerio apostólico comienza: los generosos soldados del crucificado se abalanzan a la carrera; a su voz se han repartido la conquista del universo. Conquistadores nuevos van a reunir pueblas innumerables bajo la bandera triunfante de la Cruz.

El indio, el escita, el persa, el árabe, el etíope han oído su palabra, que ha resonado cual poderoso trueno hasta las extremidades del mundo, las naciones despertadas de un largo sueño han saludado con júbilo, la luz admirable, el día libertador del Evangelio.

Pablo, derribado perseguido en el camino de Damasco, se levanta apóstol intrépido; e irá a gloriarse en presencia de los sabios de Roma, de Atenas y Corinto de no saber otra cosa que a Jesús crucificado. Su varonil lenguaje asombrará al areópago; a su vista temblará en su silla el procónsul romano; el filósofo prestará el oído a la extraña —88→ novedad de su doctrina, y hasta el palacio de los Césares oirá de su boca el Evangelio de la Cruz.

Mas por vos, ¡oh Simón Pedro! será la Cruz plantada en el centro mismo de Roma. Regada con torrentes de sangre cristiana, va a crecer y florecer como un árbol inmenso cuyas ramas cubrirán la tierra. Presto bajo de su sombra tutelar vendrán a reposar todas las naciones que han sido dadas en herencia a Jesucristo, y Roma, por medio de la Cruz, por medio del Pontífice que la lleva y levanta perpetuamente a la vista de la gentilidad, extenderá más lejos sus conquistas que en otro tiempo por el valor de sus soldados y la fuerza de sus armas.

Tal fue la misión primera; ella dura todavía y siempre durará. Siempre entrará en los designios de Dios que el apostolado sea la gloria y la misma vida de su Iglesia.

La Iglesia repite sin cesar a sus sacerdotes las palabras del Salvador: «Id, enseñad a todas las naciones». Y del foco potente de las luces, del centro de la unidad católica salen fielmente cada día generosos apóstoles, que van como sus antecesores a la pacífica y santa conquista de las almas.

Tras de sus pasos, vense aparecer, junto con la virtud y la verdad, las ciencias, la civilización y todas las instituciones benéficas. Mientras que esos grandes corazones, aguijados del celo, parece que no obedecen sino al sublime instinto del santo apostolado que les impulsa, llevan al mismo tiempo consigo y dispensan a lo lejos en extranjerías playas las influencias morales, caritativas: inspiran a los pueblos el amor al orden, la moderación, la justicia, la verdadera libertad y todas las virtudes sociales, que vuelven su dignidad verdadera y su dulzura a los afectos de familia y de patria.

Sin romper ninguno de los vínculos con que plugo a la divina Providencia ligar el hombre al suelo que le vio nacer, y respetando religiosamente todas las condiciones que fundan la nacionalidad y la patria, el misionero acerca las distancias; por —89→ él se enlaza el antiguo con el nuevo mundo; él ayuda a la alianza de los dos hemisferios, deja tras sí caminos nuevos al cambio de las producciones y las industrias, abre las capitales y las puertas a las transacciones políticas y comerciales; y aun a veces envía a la silla de Roma y al trono de los grandes imperios prendas de unión útil y gloriosa.

¡Ay de mí si no evangelizare! *Vae mihi si non evangelizavero*, exclama en todo tiempo, con el gran Pablo, el apóstol cristiano, y en esta inspiración sobrehumana se hallan verdaderamente contenidas todas las fuerzas del principio civilizador. El cristianismo se dilata por una virtud que encierra profundamente en sí mismo; derrámase como las inagotables aguas de un manantial inmenso que provee al prolongado curso de los grandes ríos, y difunde por doquiera con ellos los tesoros de la fertilidad. ¡Cosa admirable! esa fe tan austera y tan rigurosamente definida se dilata sin cesar, alcanza a todos los tiempos y lugares; purifica, levanta, une, apacigua, consuela a la humanidad.

¡Gracias inmortales sean dadas al cielo! todavía no han faltado entre nosotros, ni faltarán jamás esos corazones de apóstoles, que arrancándose ellos mismos a todos los vínculos de familia y de patria, vanse con alegría a las extremidades del mundo a llevar la buena nueva del Evangelio.

«¡Qué hermosos son los pies de esos hombres a quien se ve venir de lejos trayendo la paz, evangelizando los bienes eternos, predicando la salud y diciendo: ¡oh pueblos sepultados en sombra de muerte! ¡vuestro Dios reinará sobre vosotros!»<sup>94</sup>.

Merced a esta misión perseverante y al trabajo regenerador del apostolado, la juventud y gloria de la Iglesia son de continuo renovadas, perpetúase la hermosura de los antiguos días, y queda al mismo tiempo demostrado que la civilización es inseparable del cristianismo: no existe donde él no ha parecido; desaparece cuando él se aleja.

—90→

Se ha dicho, y así es la verdad: «no puede citarse un solo país donde la antorcha de la Religión se haya apagado, y que no haya vuelto a caer en la barbarie».

Pero la luz desterrada volverá en el día señalado de las nuevas misericordias: el apostolado proscrito tornará a las regiones inhospitalarias. Ésta es su historia, éste su irrevocable destino. Es el rayo divino, que no puede ser encadenado ni destruido. El sol no retrocede ante los clamores del odio; la fe Evangélica obra del mismo modo, y el sacerdote de Dios, su invencible órgano, puede ser inmolado, pero nunca vencido. En la muerte se hará oír todavía; que la voz del mártir es inmortal. De su sangre se verá, renacer una posteridad generosa que perpetuará el grito de su apostolado hasta el fin de los tiempos. Que las persecuciones pueden enrojecer con sangre la tierra y poblar el

cielo de sus víctimas; las potestades tiránicas que siempre han conocido que su tiranía debía caer en presencia del cristianismo, pueden apelar al rigor y armarse por todas partes contra la Iglesia y sus ministros; pero ¿qué ganarán con esto? Quieren matar la fe y a sus apóstoles; pero el apóstol y la fe vivirán siempre; y siempre trabajarán en la libertad de las almas, y se consagrarán a establecerlas en la santa y gloriosa libertad de los hijos de Dios. Por prenda de perpetuidad, tienen la autoridad infalible de las divinas promesas, y vivirán para perdonar, para bendecir, para ilustrar, para curar, para luchar eternamente contra todas las potestades del mal con las armas de la verdad, de la virtud y de la inagotable caridad.

Así obran, así mueren y viven los misioneros.

¿Se me permitirá decirlo? He aquí otro de los poderosos atractivos que me llamaron hacia la Compañía de Jesús, que me fijaron en ella por una resolución invencible, y eso es también lo que ha arrastrado mi corazón a esta efusión de alabanzas en honor del apostolado católico.

Bien se le alcanzó a San Ignacio, en su noviciado —91→ de Manresa, el pensamiento católico y la divina institución del apostolado, y así le expresó desde entonces en su libro de los *Ejercicios espirituales*, según hemos visto.

Al principio no ambicionaba sino la gloria de ir a Tierra Santa con sus compañeros, a anunciar la redención consumada en los mismos lugares que fueron sus testigos: con este objeto vino a los pies del sucesor de los apóstoles a ofrecerlos votos y la fiel sumisión de su naciente Compañía.

Aceptola el Papa; pero la reforma acababa de nacer igualmente y de turbar la Europa. San Ignacio había pensado en la Tierra Santa y los países infieles; hubiera gustado de llevar nuevamente la luz del Evangelio a los lugares que alumbró con sus primeros rayos. La Providencia empero, que en el curso de los tiempos fija su data a los trabajos del apostolado según las necesidades de la Iglesia, señaló también el puesto de la Compañía de Jesús, frente a los repetidos esfuerzos del cisma y de la herejía; y los hijos de Ignacio quedaron a servicio de la Silla apostólica para combatir las funestas innovaciones de la reforma.

Así lo notó solemnemente el gran Pontífice Benedicto XIV: «A la manera, dice, que en otros tiempos suscitó Dios otros santos en razón de urgentes necesidades, así opuso San Ignacio y su Compañía a Lutero y a los herejes de aquel tiempo»<sup>95</sup>.

Apenas contaba Ignacio diez compañeros reunidos bajo de su obediencia, y tuvo que enviar tres a Alemania. La Inglaterra, el Portugal, la Italia, la España se repartieron los demás; y para comenzar desde el origen los trabajos del apostolado lejano, hubo uno que partió para las Indias, uno solo: verdad es que se llamaba Francisco Javier.

Lefebvre, Lejay y Bobadilla, fueron por orden —92→ de Paulo III, a situarse en el mismo foco del incendio del protestantismo y en lo más recio de sus estragos.

Lefebvre, el primer sacerdote de la Compañía, pasó desde 1540 a Worms, a Spira, a Ratisbona, donde se granjeó la confianza universal, ganó todos los corazones, y afirmó

felizmente la vacilante fe de los católicos, San Ignacio le llamaba el ángel de la Compañía.

En 1542 vuelve otra vez a Alemania, reforma al clero, y reanima el valor de los fieles. Spira y Maguncia vieron en particular los triunfos de su celo. En Colonia se opone con energía al arzobispo que se hallaba inficionado con el veneno de los nuevos errores, y puede con razón decirse que esta antigua e ilustre ciudad debió al padre Lefebvre el no ser presa de la herejía. Hoy levanta su frente coronada de todas las glorias de la constancia.

Lejay, Bobadilla, ambos también del número de los primeros compañeros de Ignacio, fueron enviados a Alemania en 1542 por el papa Paulo III. Su saber y su celo opusieron al torrente un poderoso dique en las ciudades de Batisbona, Insgolstad, Dillingen, Saltzburgo, Worms, Viena y muchas otras.

En 1545 y 1551, otros dos de los primeros padres de la Compañía, Lainez y Salmerón, son enviados por el Papa al Concilio de Trento en clase de consultores. Sabida es la confianza que les mostraron los Padres del concilio. Lainez cayó enfermo: suspendiéronse las sesiones, celebrándose cuando podía asistir a ellas. Y al mismo tiempo aquellos dos hombres, sabios consumados, pobres religiosos, alojados en Trento en el hospital, barrían las salas, servían y curaban a los enfermos, catequizaban a los niños, y pedían limosna para vivir. Así se lo había prescrito Ignacio, el cual quería que la humildad apostólica fuera siempre acompañada del celo y de la ciencia.

Lefebvre y Lejay fueron a su vez llamados del —93→ teatro de sus combates Evangélicos para asistir a las sesiones del Concilio, tomar allí parte en la discusión de los intereses religiosos de Alemania.

Bien pronto Canisio y Hofeo, dignos hijos también de aquella primitiva Compañía, se van allende del Rhin a hacer frente a la segunda generación de los reformadores. Sus inmensos trabajos confunden la imaginación: a ellos correspondió el éxito más feliz, y el emperador Fernando decía de estos dos religiosos, que una gran parte del imperio los debía la fe<sup>96</sup>.

Vinieron luego aquellas instituciones, colegios, universidades y seminarios fundados por todas partes, aquellas obras sin número emprendidas y publicadas, aquellas controversias sostenidas con brillo, aquella predicación de la palabra de Dios, difundida con prodigalidad inagotable, y en fin aquella acción valerosa y siempre presente con que los jesuitas en Alemania, en Inglaterra, en Francia, doquiera la reforma amenazaba con sus invasiones, se levantaron contra ella cual centinelas vigilantes, aun con peligro de sus vidas.

Otros dirán si la Compañía de Jesús cumplió entonces su misión, y si es verdad que fue uno de los instrumentos de que se valió la mano de Dios para poner coto a los funestos progresos de la herejía. Ello es que historiadores ilustres de entre los mismos protestantes, han dado en esta parte un testimonio muy diferente de ciertas opiniones contemporáneas. Se hallarán todos recogidos por su orden en el libro recientemente publicado con este título: *La Iglesia, su autoridad, sus instituciones y el orden de los jesuitas*. Bástenos decir aquí en dos palabras, que según Juan de Müller, Schoell y Ranke, la reforma vio atajados sus progresos en Europa por el esfuerzo de los jesuitas, y

que antes de estos historiadores, Bacon, Leibnitz y Grocio, los tres hombres más eminentes del protestantismo —94→ supieron también loar bajo diversos aspectos la Compañía de Jesús, sin dejar de ver en ella un enemigo<sup>97</sup>.

Pero tengo prisa en apartar mi pensamiento de esos tristes combates, en que nuestra Compañía puede aplaudirse al menos de haber conservado la admiración de sus más ilustres adversarios.

Lo diré de lo íntimo de mi alma: ¡ojalá que las malhadadas divisiones que han desgarrado el seno de la Iglesia no nos hubiesen condenado a esa guerra perseverante contra hermanos extraviados, siempre caros al corazón de un apóstol! Doloroso deber, pero que era fuerza cumplir.

¡Ojalá que nunca hubiéramos tenido que recoger los tratos amargos o las felices ventajas de la contradicción en otra parte que entre los pueblos idólatras y las hordas salvajes!

Desde su origen, la Compañía de Jesús, sin abandonar el centro de la civilización y la lucha europea, se arrojó en todas direcciones por traer al divino redil esos rebaños sin cuento de ovejas descarriadas. Tal era el ardor por aquel las lejanas conquistas; que debió temerse, cediendo a él, ver las casas de Europa faltas de los operarios evangélicos que les eran necesarios. En vano los intereses más apremiantes del catolicismo exigían entonces a los jesuitas de todas las naciones que no abandonaran el campo de batalla a la herejía siempre armada; en vano los colegios y las universidades, el púlpito y el confesonario, reclamaban doquiera en la antigua Europa valientes y celosos atletas, y aun les ofrecían el atractivo del peligro: un atractivo más poderoso iba anexo a las misiones de más allá de los mares, y había en las filas de la Compañía un increíble anhelo de ir a llevar la luz de la fe a los hermanos desconocidos que nunca habían oído la buena nueva.

—95→

En aquellos días del siglo XVI en que la Compañía de Jesús acababa de nacer, cuando la reforma separaba de la unidad una parte de la Alemania y de los Países Bajos, la Inglaterra, la Dinamarca, la Suecia, y aun tentaba tan violentamente invadir nuestra Francia, daba Dios un grande espectáculo a la tierra, y a la Iglesia una gran reparación. Dejaré hablar un momento a Fenelon: «Regiones inmensas se abren de improviso; un nuevo mundo no conocido del antiguo... Guardaos bien de creer que tan prodigioso descubrimiento no sea debido sino a la audacia de los hombres. Dios no concede a las pasiones aun cuando parece que deciden de todo, sino lo que han menester para ser los instrumentos de sus designios; *así el hombre se agita, pero Dios le lleva*. La fe plantada en la América entre tantas tempestades no deja de producir allí frutos».

«¿Qué falta? ¡Pueblos de las extremidades del Oriente, llegado ha vuestra hora! Alejandro, aquel conquistador rápido, que pinta Daniel como no tocando la tierra con sus pies, y que tan celoso de subyugar al mundo entero, se detuvo mucho más acá de vosotros; pero la caridad va más lejos que el orgullo. Ni las arenas abrasadas, ni los desiertos, ni las montañas, ni la distancia de los lugares, ni las

borrascas, ni los escollos de tantos mares... ni las flotas enemigas, ni las costas bárbaras, son poderosas a detener a los que Dios envía. ¿Quiénes son esos que vuelan como nubes? Vientos, llevadlos sobre vuestras alas... Helos ahí a esos nuevos conquistadores, que vienen sin armas, excepto la Cruz del Salvador... ¿A quién se debe hermanos míos esta gloria y esta bendición de nuestros —96→ días? A la Compañía de Jesús, que desde su nacimiento, abrió, con el auxilio de los portugueses, mi nuevo camino al Evangelio en las Indias»<sup>98</sup>.

Ciertamente, Fenelon, hubiera podido añadir, y yo me complazco en decirlo, que entonces se vio abalanzarse a la santa conquista de las almas, en todos los puntos más distantes del globo, a las grandes y venerables familias de Santo Domingo y San Francisco, con las que tantas veces hemos mezclado sobre la tierra descreída nuestros sudores y nuestra sangre. Vinieron más adelante, los dignos y celosos hijos de San Vicente de Paul, y esa fraternal Sociedad de las misiones extranjeras a que nos unen los vínculos más sagrados y la comunidad de los más gratos recuerdos.

¡Cuán bella es pues esa obra del apostolado en las regiones inhospitalarias y remotas! El alma tan vigorosa y tierna de Fenelon, la había ambicionado, y yo mismo, ¡oh mi Dios! ¿me será permitido recordarlo? yo he pronunciado ese sagrado voto que pronuncia el religioso profeso de la compañía, de ir a todo lugar, entre todo género de infieles, a la menor señal de la voluntad del Soberano Pontífice, y de partir sin pedir el dinero necesario para viaje. ¡Ay! otros han sido juzgados más dignos de esta misión bien aventurada. Y vuestros designios sobre mí, ¡oh Señor! han sido retenerme en esta antigua tierra de mi patria, en el centro de una civilización que está enferma por haber abusado de todos los bienes, entre hermanos que han desaprendido la lengua que debo hablarles. ¡Vos me habéis dado por parte el sostener la lucha contra la mentira y la calumnia! Al menos en las misiones se muere, y todo se ha acabado con la tierra. Aquí es forzoso morir cada día, y cada día pasar de la muerte a las congojas de la vida. Cruz pesada, pero cruz bendita, como todas las que vienen de la mano del Señor, yo te llevaré con resignación y con amor, —97→ mientras que plazca al cielo imponerte a mi flaqueza.

Francisco Javier, el amigo y discípulo de Ignacio, fue quien en las Indias, en las Molucas y el Japón, abrió nuevos caminos al Evangelio. Fuele dado a aquel hombre extraordinario, renovar todos los prodigios más asombrosos del establecimiento primitivo del cristianismo, y ofrecer así al mundo mil nuevas pruebas de su divinidad. Tuvo la dicha singular de agregar a la unidad católica mayor número de pueblos y de imperios que jamás le arrancara la reforma. Convirtió cincuenta y dos reinos, enarboló el estandarte de la Cruz en un espacio de tres mil leguas, bautizó con su propia mano cerca de un millón de mahometanos o idólatras, y ¡todo esto en diez años! Espántase la imaginación al considerar todos los obstáculos que encontró; ¿y de qué medio se valió para vencerlos? La pobreza, la mansedumbre, la paciencia, las austeridades, la oración, en suma el invencible ardor de la caridad. A éste plúgole a Dios juntar todos los dones del poder sobrenatural y milagroso. Su vida, en un tiempo a que aun tocamos por decirlo así, está escrita según los testimonios más verídicos, y las maravillas que la

llenar no permiten la duda. Los mismos historiadores protestantes lo confiesan, cuanto pueden confesarlo.

«Si la religión de Javier conviniese con la nuestra, dice Baldeo en su *Historia de las indias* (p. 78), debiéramos estimarle y honrarle como a otro S. Pablo». Sin embargo a pesar de esta diferencia de religión, su celo, su vigilancia y la santidad de sus costumbres, deben excitar a todos los hombres de bien a no hacer la obra de Dios con negligencia, porque los dones que Javier había recibido para ejercer el cargo de ministro y embajador de Jesucristo, eran tan eminentes que mi lengua no es capaz de expresarlos. Si considero la paciencia y mansedumbre con que ha presentado a los grandes y pequeños las santas y vivas aguas del —98→ Evangelio; si contemplo el valor con que ha sufrido las injurias y afrentas, véome forzado a exclamar con el apóstol: «¿quién es capaz como él de estas maravillas?». Y Baldeo ha terminado el elogio del santo repitiendo el dicho de un antiguo que Bacon había ya aplicado a la Compañía: «¡Pluguiera a Dios que siendo lo que sois, hubierais sido de los nuestros!».

Así las Indias y el Japón se cubrieron de iglesias florecientes. La Compañía de Jesús alimentaba sin cesar por medio de numerosos refuerzos aquellas misiones fundadas y sostenidas a costa de la sangre y los padecimientos de sus hijos.

¿Qué recuerdos no nos ha legado señaladamente esa tierra amada del apóstol, tierra que alumbrada apenas con las primeras vislumbres del Evangelio, debía brillar con la más esplendente gloria que concede a su Iglesia Jesucristo, la del heroísmo en medio de las persecuciones; y que por un destino misterioso, después de haber producido más de un millón de mártires, debía cerrarse como un sepulcro y aguardar el día señalado para la resurrección?

Cruel Japón, islas infortunadas, no siempre podréis rechazar de vuestras playas la verdad y la caridad católicas que os piden os abráis delante de ellas. En la opuesta ribera veían ahora los hermanos de Javier para aprovechar el favorable instante que les franqueará las puertas de esas regiones desoladas, y les dará la dicha de anunciar en ellas a Jesucristo o de morir por él.

Javier había suspirado ardientemente por la conquista de la China; dirigióse a ello, cuando murió lleno de vida y de gloria a vista de sus riberas, en una cabaña abandonada de la Isla Sancian. Siguiendo sus pisadas, el padre Ricci de la Compañía de Jesús fue el primero que arrostró sin temor el suelo inhospitalario de aquel vasto imperio, después de infinitas penalidades logró abrir su entrada a los predicadores del Evangelio.

Olvídase hoy quiénes fueron los primeros que —99→ penetraron en aquella región, por no decir en aquel mundo tanto tiempo desconocido, y le dieron a conocer a la Europa sabia. Allí en presencia de una civilización envanecida de sí misma y armada de celosa desconfianza contra el extranjero, fue necesario emplear todos los prestigios del arte y de la ciencia para hacerse perdonar la enseñanza evangélica. Al salir del palacio del emperador o del tribunal de los matemáticos, el jesuita a quien había amnistiado su saber, iba a enseñar el catecismo a los niños, visitar a los pobres o instruir al pueblo.

Formáronse numerosas cristiandades en China, así como en las indias, edificadas por manos de la Compañía; y si otros operarios entrando más tarde en la cosecha, vinieron a asociarse a sus trabajos, si el mismo celo consagrado a la misma obra dio

lugar a desagradables disidencias, en fin, si la autoridad soberana de la Santa Sede decidió que los jesuitas se habían engañado dejando se mezclaran a las prácticas del culto cristiano, ceremonias locales que no habían creado contrarias al espíritu de la religión, al menos aquellos cuya prudencia había errado dieron entonces un persuasivo ejemplo de humilde y filial obediencia. Después de haber sostenido, sobre un punto oscuro y disputado, su opinión que creían útil y verdadera, no bien hubo hablado Roma, se inclinaron silenciosamente y conformaron a su decisión. Importaba aquí recordarlo.

Tal fue exactamente la parte de los jesuitas en la cuestión de las ceremonias chinas y los ritos malabares.

Murieron; y sus hermanos, que al cabo de sesenta años tienen la dicha hoy de recoger su herencia, han proseguido y van a continuar sus trabajos.

El Asia ofrecía también a aquellas generaciones de apóstoles inmensas regiones entregadas a las espesas tinieblas de la idolatría. Así al mismo tiempo que cubría con sus misiones la China, el Japón y las Indias, la Compañía trabajaba incesantemente — 100 → en conquistar al cristianismo las islas de la Sonda, el Thibet, el Mogol, la Tartaria, la Cochinchina, el Camboge, el país de Malaca, Siam, el Tonquin, la Siria, la Persia y otros países más; lo que formaba un total de ciento cuarenta y cinco establecimientos de misioneros jesuitas en la superficie del Asia. Y en ninguna parte la luz del Evangelio difundió sus resplandores sin hacer brillar los de la civilización. Las conquistas de la ciencia corrían parejas con las de la fe.

Formaríase una biblioteca bastante numerosa con las obras de los jesuitas sobre los varios pueblos del Asia, acerca de sus orígenes, sus lenguas, sus costumbres, su historia, sus artes e instituciones. La biblioteca real posee en esta parte riquezas inéditas que aun pudieran tener algún valor.

El comercio, la industria, la medicina, no menos que la astronomía y la física, han debido útiles descubrimientos a esos tan desacreditados jesuitas. Pero la posteridad olvida presto; el cielo que no olvida, dio a aquellos pobres religiosos la única gloria que ambicionaban; tres o cuatrocientos pueblos diferentes evangelizados por su celo, millones de mártires que formaron mezclando su sangre a la de sus discípulos: muchedumbre innumerable de infieles convertidos en el espacio de dos siglos: he ahí sus obras, y para estas obras solo el cielo tiene coronas.

Hase hablado de la ambición de los jesuitas. Con verdad lo digo: nunca conocieron otra que esa hambre y esa sed de la salud de las almas, cuyos insaciables ardores difícilmente puede el mundo concebir, y entre los cuales ni aun quiero comprender que en el curso de los tiempos, y en medio de tantos, tan extensos y difíciles trabajos, hayan podido encontrarse algunas debilidades excusables; como si al cabo, para decirlo con Bossuet, debiera parecer extraño que algunos hombres hayan tenido algunos defectos humanos.

Obedecían pues a esa misión sobrenatural, cuando desde el origen de la Compañía se fueron a plantar — 101 → la Cruz en las arenas abrasadas del África. Las misiones de Abisinia, del Congo, de Angola, de Mozambique duraron en su mayor parte hasta la supresión de la Compañía en el pasado siglo.

Pero se me perdonará aquí una especie de predilección de familia hacia los trabajos de la Compañía en el Nuevo Mundo. La América acababa de abrirse a las empresas del espíritu de aventura, al mismo tiempo que San Ignacio y sus compañeros se consagraban a la grande obra de las misiones extranjeras. Era imposible que aquella tierra nuevamente revelada al genio europeo no viniera a ser para los jesuitas un vasto teatro de esfuerzos apostólicos. Así es que se les vio pasar allá en numerosas colonias, y diseminarse en toda la extensión de aquellas regiones inmensas. Las penalidades que sufrieron, los útiles y generosos medios que emplearon para suavizar las costumbres de la conquista, para templar el orgullo de una dominación feroz, para arrancar las hordas salvajes a sus supersticiones y barbarie, no hay pluma que pueda describirlo. Yo presentaré números.

Sin contar los noviciados y colegios, había en América cuando la supresión, ciento veintiocho misiones, treinta y cinco de ellas en el Brasil, treinta en el Marañón, diez en Chile, tres en la Nueva Granada, diez en México, inclusa la California, Guatemala, etc., doce en el Paraguay, el Uruguay, la provincia de Quito: ocho misiones francesas en la América septentrional, en los Hurones, los Algonkines, los Illineses, en la Nueva Orleans, etc.; ocho misiones francesas en la América meridional, en la Martinica, la Guadalupe, Cayena, etc. El campo era dilatado, y ofrecía todos los peligros, todas las variaciones del estado civilizado y del salvaje.

¡Cuántas veces encontró el misionero los ensangrentados restos de su compañero de apostolado que el diente de las bestias o el furor no menos mortífero de los caníbales habla devorado! Entonces daba a su compañero el fúnebre adiós, y pasaba —102→ luego adelante más seguro de la suerte que le esperaba.

¡Qué de luchas había también que sostener contra el poder generalmente ciego y opresor de los europeos! Sin embargo, no se perdonaba ningún medio; y al menos el indio vencido, el esclavo a quien se vendía, encontraba a su lado un defensor, un padre, un consolador, un amparo. En esta noble empresa, muchos obispos, sacerdotes y religiosos concurren gloriosamente al mismo fin. El nombre de Bartolomé de las Casas, del orden de Santo Domingo, a pesar de injustos ataques, subsistirá inmortal entre los bienhechores de la humanidad.

En cuanto a la Compañía, sus anales nos ofrecen, entre otros, a un padre Claver, apellidado en Cartagena el apóstol de los negros. El que quiera saber cuánto heroísmo puede inspirar el celo por la salud de las almas más degradadas, debe leer la vida de ese hombre extraordinario; pero es preciso que se prepare a estremecerse más de una vez de asombro y de espanto, al aspecto de los horribles tormentos que se impuso libremente este nuevo mártir, asociándose al destino de los más infelices esclavos para calmar sus angustias y traerlos a las virtudes de la Cruz. Breboeuf, Lalemand, Acevedo, Anchieta, también vuestros nombres vivirán eternamente entre nosotros venerados y queridos, y el poder de vuestros ejemplos y padecimientos, hablará siempre elocuentemente a nuestros corazones.

Las misiones del Canadá, las que iban a llevar la palabra Evangélica a las poblaciones más apartadas hacia el norte, produjeron señaladamente frutos admirables, y dieron a la Cruz, numerosos mártires. Aun hoy en día aquellas tribus salvajes conservan y reverencian la memoria de nuestros antiguos padres, y piden que se les vuelvan las *ropas negras*... La Compañía ha accedido ya a sus votos en algunos puntos.

¡Cosa singular! ¿Será acaso a las vastas soledades del —103→ Oregon; y entre las *Cabezas chatas*, adonde nos será forzoso ir a buscar lo que aquí se nos disputa, la libertad de enseñar, un asilo para vivir y morir?

Al mismo tiempo, o poco después de suprimida la Compañía, debía perecer también una de las más bellas instituciones que la religión haya podido realizar sobre la tierra; *ese cristianismo feliz*, como también le llama Muratori, que había convertido en pueblos de hermanos a tribus embrutecidas y feroces.

El que no haya entregado todo su ser a las inspiraciones del odio, y dominado de su fatal influencia se haya prohibido todo sentimiento de justicia, todo pensamiento noble, no puede pronunciar sin conmoverse el nombre del Paraguay. No me detendré aquí en refutar miserables imputaciones: los juicios de Montesquieu, de Hayer, de Robertson y de otros muchos, no permiten ni aun examinarlas y menos aun el responderlas.

Para tributar un fiel homenaje a tan gloriosos recuerdos, me valdré de la voz elocuente que resonó al principio de este siglo con tanto poderío y esplendor, de esa voz que tan noblemente supo restituir su lustre entre nosotros a la lengua y poesía de la fe, y vengar el genio del cristianismo de las mentiras del odio y los desdenes de la ignorancia. Un católico, un sacerdote, un religioso de la Compañía de Jesús, no puede olvidar el nombre del que, alzándose valerosamente sobre todas las detracciones inconsideradas, consagró el primer vuelo de un talento sublime a defender la gloria de las verdades e instituciones religiosas. Débil combatiente en la llanura, humilde hijo de una familia de apóstoles, agobiada hoy todavía bajo el peso de un siglo de calumnias, me es dulce cosa pagar aquí la deuda legítima de gratitud para con un defensor eternamente ilustre: muy dichoso en mezclar a este tributo que pago en nombre de mis hermanos, el fiel recuerdo de una benevolencia, cuyos testimonios ya antiguos, nunca saldrán de mi corazón.

«Es sin embargo un culto bien singular, escribe —104→ M. de Chateaubriand en su inmortal obra del *Genio del Cristianismo*<sup>99</sup>, el que reúne, cuando le place, las fuerzas políticas a las morales, y crea por sobreabundancia de medios unos gobiernos tan sabios como los de Minos y Lycurgo. Aun no poseía la Europa sino constituciones bárbaras formadas por el tiempo y el acaso, y ya la religión cristiana hacía revivir en el Nuevo Mundo los milagros de las legislaciones antiguas. Las hordas errantes de los salvajes del Paraguay se fijaban, y al imperio de la palabra de Dios salía una república, cristiana del más profundo de los desiertos».

«¿Y cuáles eran los grandes genios que reproducían estas maravillas? Simples jesuitas, estorbados frecuentemente en sus designios por la avaricia de sus compatriotas».

Debe leerse en las siguientes páginas la admirable descripción del gobierno interior, patriarcal y libre de las *Reducciones*: ningún poema tiene más atractivos que esta verídica historia. Solo su mucha extensión me impide citarlo todo. Así, me limitaré a transcribir la elocuente pintura que reasume y termina el capítulo V del libro IV:

«Con un gobierno tan paternal y tan análogo al carácter sencillo y pomposo del salvaje, no hay que extrañar que los nuevos cristianos fuesen los más puros y afortunados de los hombres. La mudanza de sus costumbres era un milagro obrado a la vista del Nuevo Mundo. Ese espíritu de crueldad y de venganza, ese abandono a los vicios más groseros, que caracterizan a las hordas indianas, habíanse transformado en un espíritu de mansedumbre, de paciencia y castidad. Júzguese de su virtud por la expresión ingenua del obispo de Buenos Aires: "Señor, escribía a Felipe V, en esas numerosas poblaciones, compuestas de indios naturalmente inclinados a todo género de vicios, reina —105→ tan grande inocencia que no creo se cometa entre ellos un solo pecado mortal".

Entre aquellos salvajes cristianos no se veían procesos ni querellas; el *tuyo* y el *mío* ni aun eran conocidos; porque, según observa Charlevoix, es no tener nada suyo, el estar siempre dispuesto a partir lo poco que se tiene con los que se hallan en necesidad. Provistos abundantemente de las cosas necesarias a la vida; gobernados por los mismos hombres que los habían sacado de la barbarie, y a quienes miraban justamente como especies de divinidades; gozando en su familia y en su patria de los afectos más dulces de la naturaleza; conociendo las ventajas de la vida civil sin haber dejado el desierto, y los encantos de la sociedad sin haber perdido los de la soledad, aquellos indios podían gloriarse de que gozaban de una dicha que no había tenido par en la tierra. La hospitalidad, la amistad, la justicia y las tiernas virtudes brotaban naturalmente de sus corazones a la voz de la Religión, bien así como algunos olivos dejan caer sus maduros frutos al soplo de las brisas.

Parécenos que no se tiene sino un deseo al leer esa historia, y es el de pasar los mares e irse lejos de las turbulencias y revoluciones a buscar una vida oscura en las cabañas de esos salvajes, y un pacífico sepulcro bajo las palmeras de sus cementerios. Pero ni los desiertos son bastante profundos, ni los mares bastante espaciosos para librar al hombre de los dolores que le persiguen. Siempre que se hace la pintura de la felicidad de un pueblo, es preciso venir a la catástrofe: en medio de las pinturas más risueñas, oprímese el corazón del escritor con esta reflexión que se presenta de continuo: *Todo esto no existe ya*. Las misiones del Paraguay están destruidas; los salvajes con tantas fatigas reunidos andan de nuevo errantes por los bosques, o están sepultados vivos en las entrañas de la tierra. Se aplaudió la destrucción de una de las más bellas obras que han salido de la mano de los hombres...».

O mucho me engaño, o después de esta exposición, —106→ el lector de buena fe comprenderá, cómo un magistrado, un francés, un hombre del siglo XIX, ha podido libre y concienzudamente hacerse jesuita, sin abdicar por eso su razón, sin renunciar a su tiempo y a su patria.

No, no ha abdicado su razón, porque la haya colocado en el puerto resguardada de las tempestades, bajo la segura guarda del principio sagrado de la autoridad. Cuando el testimonio interior no le anunciara a voces esta verdad, bastantes ejemplos le darían el derecho de proclamarla. No le faltarían nombres para probar que la inteligencia humana no adquiere sino más dignidad y fuerza, bajo el yugo tutelar de la regla; aun le faltarían menos para mostrar, cómo, aun bajo el traje del sacerdocio, la razón abandonada a sí misma y extraviándose en su orgullo, va cayendo de error en error, y acaba ofreciendo al mundo el triste espectáculo de una verdadera abdicación.

No, no ha renunciado a su país... Es muy cierto que la caridad católica, abarcando en su ardiente expansión la humanidad entera, pone en el corazón de sus apóstoles un afecto más extenso que el del patriotismo; es verdad también que el misionero que va a llevar la luz de la fe a sus hermanos idólatras de la Corea o de las soledades de la América, corre a veces el riesgo, en presencia de estos inmortales intereses, de olvidar los intereses de un día que se agitan en el seno de la patria; ¿pero olvida acaso por eso a su misma patria? ¿Cesa por dicha de llevar en su corazón su dulce imagen? ¿Cesa de rogar, por su felicidad? ¿Cesa de implorar las bendiciones del Altísimo sobre los que llevan la pesada carga del gobierno de los pueblos?

¡Ah! ¡no saben esos hombres que suponen al jesuita desamorado de su país, qué deliciosa emoción de júbilo siente al hallar entre las tribus salvajes del Nuevo Mundo algunos de los sonidos de la lengua natal, o al oír en los mares de la China —107→ y del Japón el lejano eco de la gloria de nuestras armas!

¡Y fuéranos la Francia menos amada a nosotros que no la hemos dejado! No nos envaneceríamos de sus triunfos así en la paz como en la guerra, de su genio para las letras y las artes, de sus atrevidas conquistas en el dominio de las ciencias y en las regiones nuevamente abiertas a la industria! ¡No amaríamos en ella el verdadero foco de la civilización cristiana! ¡No nos felicitaríamos de los inefables consuelos que aun hoy en día da a la Iglesia!

No, no ha renunciado a su siglo... Es muy cierto que no apellidamos mejora ni progreso a cuanto la moderna sabiduría en su orgullo decora con estos títulos pomposos; es muy cierto que no aguardamos del porvenir una religión más perfecta que la Religión de nuestro Señor Jesucristo, y que la humanidad, fecundada por los sistemas, no nos parece se halla elaborando una era indefinida de virtud y bienandanza.

Pero bajo de esa autoridad inmutable de la fe, no dejamos de pertenecer a nuestro tiempo por nuestras ideas y nuestros corazones, y sobre todo le conocemos más de lo que a algunos les parece.

Por eso nunca nos ha venido al pensamiento, que doscientos pobres operarios evangélicos, distribuidos en la dilatada extensión del territorio de la Francia, puedan proponerse, en días como éstos, establecer en ella lo que no se han avergonzado algunos de llamar nuestra dominación.

Este anacronismo no es el nuestro; es el de nuestros adversarios. ¡Porque dos siglos ha la Compañía de Jesús pudo emprender en una tierra virgen, y entre pueblos que nacían a la civilización, realizar el reino del Evangelio, nos suponen hoy el absurdo proyecto de reinar sobre la Francia! Esto fuera un delirio de insensatos... pero, lo repito, no es el nuestro; le devolvemos a los cerebros enfermizos de los que se han hecho nuestros enemigos.

Si hemos de darles crédito, una parte de esta obra está ya realizada, y la iglesia de Francia, habiendo —108→ abjurado sus antiguas tradiciones, sufre toda ella el yugo de las influencias ultramontanas.

¿Será preciso que nos veamos obligados a remitir a las lecciones de la historia a los que tanto gustan de servirse de su autoridad contra nosotros? Por lo visto olvidan lo que ha pasado de sesenta años acá; olvidan el triste camino que hizo el Jansenismo en la segunda mitad del pasado siglo, bajo el cómodo manto de una oposición hartamente fácil a la corte de Roma; olvidan como el cisma escondido en las entrañas de esa doctrina funesta se presentó al público en las disensiones de la asamblea constituyente, se convirtió en ley, y poco después ensangrentó el desgarrado seno de la Iglesia con espantosas persecuciones. ¡Olvidan los altares derribados, y cuanto mi pluma se niega aquí a bosquejar...!

Gracias a Dios, el episcopado francés ha guardado mejor memoria de estas cosas; ha comprendido que después de semejantes pruebas, convenía no exponer la unidad a nuevos peligros, por medio de controversias, que carecían ya de objeto; y se ha reunido, y apiñado todo, y confundido en un solo corazón y en una alma sola, en rededor de la cátedra de San Pedro, y ha repetido con voz unánime las inmortales palabras de Bossuet:

«Santa Iglesia romana, madre de las Iglesias, y madre de todos los fieles, Iglesia escogida por Dios para unir a sus hijos en la misma fe y en la misma caridad, nosotros estaremos siempre adheridos a tu unidad de lo íntimo de nuestras entrañas. *¡Si yo te olvido, Iglesia romana, olvídeme antes a mí mismo! Séquese mi lengua y quede inmóvil en mi boca, si no eres tú siempre la primera en mi memoria, si no te pongo al principio de todos mis cánticos de regocijo*».

Y yo también, humilde soldado de la unidad católica, para darla, si era posible, más íntima y completamente mi alma y mi vida entera, he ido a buscar un lugar oscuro en las filas de la Compañía de Jesús.

—109→

En el estado en que veía yo la santa Religión de mi maestro en este mundo, después de la gran guerra declarada a Jesucristo por la incredulidad del siglo XVIII, el catolicismo me aparecía como un ejército ordenado en batalla con un frente de vasta extensión, para hacer frente por todas partes a la impiedad y al error, y socorrer a la sociedad amenazada. No había ya campos diversos ni banderas divididas.

En el centro veía yo la cátedra de San Pedro en su majestuosa inmovilidad, y cerca de ella en la primera fila del rendimiento y de la fidelidad valerosa, a la iglesia de Francia con sus obispos y sacerdotes, bella aun y vigorosa a pesar de los días de la desgracia.

Ciertamente, al alistarme en la bandera del santo fundador de la Compañía de Jesús, no ha sido mi ánimo separarme de la milicia sagrada de mi país; simple combatiente, solo he tomado otro puesto en el mismo ejército.

Dos palabras más y concluyo.

Hace ya, más de ochenta años que pesa en Francia sobre la Compañía de Jesús una sentencia de proscripción. Nuestros jueces, como todos saben eran entonces partes contra nosotros, y antes de instruir el proceso habían pronunciado el fallo. Cuanto se dijo, todo lo que se escribió en aquella época, recógenlo algunos hoy, sin tener en cuenta veinte refutaciones victoriosas, y arrójanlo como pasto a la credulidad popular.

En ciertos días determinados la Francia entera se alimenta de eso; añádanse calumnias nuevas a las antiguas; se nos imputan las faltas y las desgracias de los pasados tiempos, como si las pasiones de los hombres no fueran bastantes a explicar su historia; y a nosotros a quienes cada hora de nuestra vida nos llama a la contemplación exclusiva y única de la eternidad, se nos acusa de que ligamos inseparablemente en nuestros pensamientos, los intereses inmortales de la religión, a los —110→ móviles intereses del siglo y al pasajero destino de las cosas de la tierra. Nos acusan de que buscamos, mantenemos, cultivamos cuidadosamente en nuestras almas todo lo que irrita y divide, cuando la filosofía más vulgar inspira pensamientos más cuerdos a los mismos actores de la escena política desencantados por tantos yerros.

En medio de todo esto, no se respeta más al buen sentido que a la buena fe, y no se retrocede ante las más extrañas contradicciones. Lo que otros han dicho, se nos achaca, y al mismo tiempo se nos echa en cara nuestro silencio. Pondérase, a placer, y sabe Dios con qué objeto, lo que llaman nuestra habilidad, y al mismo tiempo se nos atribuyen en las circunstancias más críticas, las más locas temeridades.

A la relación del menor derecho atacado, de la menor libertad amenazada en el más humilde ciudadano, levántanse mil voces invocando la constitución y las leyes, y esas mismas voces no saben invocar contra nosotros sino las proscripciones y los golpes de estado. En las columnas de los periódicos, en los talleres, en los bancos de las escuelas, hasta en la enseñanza distribuida a la juventud, donde quiera somos designados al odio y como ofrecidos en holocausto a los furores de la opinión descarriada.

Tal es en fin nuestra situación, que algunos hombres tienen el incalificable poder de hacerse creer proclamando, por todas las vías de la publicidad lo que se avergonzarían de decir en su cara a uno de nosotros, y hasta se ven algunos hombres de bien rendirse al oír nuestro nombre bajo el yugo de un miedo estúpido.

Es preciso que todo esto tenga un término.

Un hombre cuyo nombre ha adquirido celebridad se presentó delante de la justicia al fin del último siglo. Nada tenía que pedir, nada que reclamar para sí mismo; pero un

motivo poderoso impulsaba su corazón, y exaltaba su valor. Hijo generoso, —111→ hijo lastimado en sus más caros afectos por la condenación de un padre, no obstante la autoridad de la sentencia, pronunció allá en su conciencia que era injusta, y pidió una rehabilitación solemne. A sus perseverantes esfuerzos, a esta valerosa consagración de un bello talento, debió el triunfo de la piedad filial y una noble parte de nombradía.

Yo vengo como él a pedir la rehabilitación de mis padres. Hijo ofendido en mi alma por las largas desgracias de mi familia y la dolorosa iniquidad de la sentencia que pesa sobre ella, no ambiciono fama alguna, no traigo talento, solo tengo una convicción incontrastable. No pido sino justicia y verdad; no necesito otra cosa.

Pido la revisión de un grande e injusto proceso; la pido para mis padres que ya no existen; la pido para mí mismo. Tengo la más indudable conciencia de que fueron inocentes, de que lo somos. Ellos no fueron juzgados ni oídos; óigase en fin, júzgueseles hoy.

Sé que este linaje de rehabilitación judicial no existe ya en nuestras leyes; pero la rehabilitación moral estará siempre en la justicia de la Francia; y esa pido.

La pido en nombre mismo de la patria, que no puede ver por más tiempo con indiferencia que se vilipendie y ultraje, con mengua de todos los derechos, el honor de los que no han dejado de ser sus hijos.

La pido para millones de católicos a quienes se pretende insultar dándoles un nombre, que no es su nombre, que es el nuestro, y que ya no debe ser una injuria.

Pídola para todas las sociedades religiosas que han plantado su tienda al sol protector de la Francia, y sobre las cuales a pesar nuestro se carga todo el peso de las animosidades que nos persiguen.

La pido en nombre de esos obispos venerados cuya voz se dejó oír tres veces solemnemente, protestando contra la injusta proscripción de toda una —112→ familia de religiosos fieles a Dios, a la Iglesia, a las leyes, al país.

La pido en nombre de veinte Papas que aprobaron, confirmaron, loaron el Instituto proscrito; la pido en nombre del Santo Pontífice que bendijo por dos veces el territorio francés, y que en medio de los largos dolores de su destierro, descansó en el pensamiento de dar gloria a Dios restableciendo la Compañía de Jesús. Este ilustre anciano que fue para todos tan benigno y animoso reparador, ¿acaso ha perdido en la tumba todos los derechos de la virtud y todo el poder de sus recuerdos?

La pido en el nombre de la Iglesia universal, quien, por la voz del Concilio inmortal de Trento, pronunció desde entonces una aprobación indestructible; *pium corum institutum*.

Pídola, y al pedir la no hago sino reclamar para mis hermanos y para mí lo que pertenece a todos, el aire de la patria, el derecho de vivir, de trabajar, el derecho de sacrificarnos, la libertad según el orden, la libertad según la justicia.

Y ahora he concluido, me recojo en el pensamiento de Dios y de mi país; y siento en lo más íntimo de mi alma la grandeza y solemnidad de lo que acabo de hacer.

Que si debiera yo sucumbir en la lucha, antes de sacudir el polvo de mis pies sobre la tierra que me vio nacer, iría a sentarme por última vez al pie del púlpito de nuestra Señora. Y allí llevando en mí mismo el perdurable testimonio de la equidad desconocida, compadecería a mi patria, y diría con tristeza.

Hubo un día en que le fue dicha la verdad; una voz la proclamó; y no se hizo justicia, porque faltó valor para hacerla. Dejamos tras de nosotros la Carta violada, la libertad de conciencia oprimida, la justicia ultrajada, una grande iniquidad más; no por eso se hallarán mejor. Pero lucirá un día más apacible; y yo leo en mi alma la infalible seguridad de que ese día no se hará esperar mucho tiempo. La historia no callará el paso que a —113→ cabo de dar, y dejará caer sobre un siglo injusto todo el peso de sus fallas inexorables. Señor, vos no permitís siempre que la iniquidad triunfe definitivamente acá en la tierra, y ordenaréis a la justicia del tiempo que preceda a la justicia de la eternidad.

2010- Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)